

UNIVERSITAT POMPEU FABRA

# La institución del culto al gobernador helenístico.

---

Egipto bajo el mandato de los Ptolomeos.

Trabajo fin de grado

19/06/2013

Ana Belén Rumí Gutiérrez

NIA: 120840

Tutor: Dr. Alberto Nodar

Grado en Humanidades

Facultad de Humanidades

## Índice de contenido

1. Introducción.....	pág.4
2. Antecedentes.....	pág.7
2.1. Primeros ejemplos de divinización a humanos.....	pág.7
2.2. Primera muestra de culto al gobernador en Filipo II de Macedonia.....	pág.9
3. Alejandro Magno.....	pág.11
3.1. El nacimiento de Alejandro Magno: el inicio del mito.....	pág.11
3.2. La situación previa a la llegada de Alejandro Magno a Egipto.....	pág.12
3.3. Alejandro Magno en Egipto.....	pág.12
3.4. Alejandro Magno y el culto al gobernador.....	pág.14
3.4.1. Divinización de Alejandro en Egipto.....	pág.15
3.4.2. Alejandro, rey de los persas.....	pág.17
3.5. Representaciones divinizadas contemporáneas de Alejandro Magno...	pág.19
3.6. La cuestión sucesoria. El entierro del cuerpo de Alejandro.....	pág.20
4. Los Ptolomeos.....	pág.23
4.1. Ptolomeo I Soter.....	pág.23
4.1.1. Ptolomeo en Egipto.....	pág.24
4.1.2. La procesión y el entierro de Alejandro Magno.....	pág.24
4.1.3. Ptolomeo como sátrapa de Egipto.....	pág.25
4.1.3.1. El Mouseion y la biblioteca de Alejandría.....	pág.26
4.1.4. Las primeras muestras del culto al emperador en el Egipto Ptolemaico.....	pág.26
4.1.5. Ptolomeo se proclama rey en 305 a. C.....	pág.27
4.1.6. El uso del epíteto de Soter.....	pág.29
4.1.7. Representaciones póstumas de Alejandro y del propio Ptolomeo.....	pág.30
4.1.8. Primera divinización de Ptolomeo I.....	pág.32
4.2. Ptolomeo II Filadelfo.....	pág.32
4.2.1. Divinizaciones de la época de Filadelfo.....	pág.34
4.2.1.1. Divinización de Ptolomeo I.....	pág.34
4.2.1.2. Divinización de Arsínoe.....	pág.36
4.2.2. Institución del culto dinástico.....	pág.37
4.2.3. El establecimiento de epítetos reales.....	pág.38
4.2.4. Representaciones Ptolemaicas de la época de Filadelfo.....	pág.39
4.3. La institucionalización del culto dinástico por parte de los sucesores Ptolemaicos.....	pág.40

4.3.1 Ptolomeo III Evergetes.....	pág.40
4.3.2 Ptolomeo IV Filopátor.....	pág.41
5. Sucesores del culto al gobernador.....	pág.42
5.1. Cleopatra VII.....	pág.42
5.2. Augusto y la institución del culto imperial.....	pág.42
6. Conclusión.....	pág.45
7. Bibliografía.....	pág.48
Bibliografía general.....	pág.48
Fuentes literarias.....	pág.50
Fuentes documentales.....	pág.50
8. Anexo fotográfico.....	pág.51
1. Tetracmas de plata con la imagen de Alejandro acuñadas por el propio general.....	pág.51
2. Representaciones de Alejandro en el templo de Luxor (Egipto).....	pág.52
3. Recreaciones del carro que transportaba el cuerpo de Alejandro a su entrada en Menfis (Egipto).....	pág.53
4. Presunto sarcófago de Alejandro en la necrópolis real de Sidón.....	pág.54
5. Tetracmas de plata con la imagen de Alejandro Magno acuñadas por Ptolomeo I.....	pág.55
6. Moneda representando a Ptolomeo I como soberano.....	pág.56
7. Monedas acuñadas por Ptolomeo II.....	pág.56
- Moneda de Ptolomeo II y Arsínoe junto a Ptolomeo I y Berenice I.....	pág.56
- Moneda de Ptolomeo I.....	pág.56
- Moneda de Arsínoe II.....	pág.57
8. Otras monedas de la dinastía.....	pág.57
- Moneda de Ptolomeo III Evergetes.....	pág.57
- Moneda de Ptolomeo IV Filopátor.....	pág.58
9. Representaciones escultóricas.....	pág.58
- Busto de Ptolomeo I.....	pág.58
- Representación en relieve de Arsínoe II y Ptolomeo II Filadelfo en la capilla de Tanis (Qasr el-Aguz), Egipto.....	pág.59
10. Representaciones escultóricas de los sucesores.....	pág.60
- Busto de Cleopatra VII.....	pág.60
- Ara Pacis Augustae.....	pág.60

## **1. Introducción.**

El culto a los gobernantes en la Antigüedad era común en países de Oriente, como los faraones en Egipto o los reyes del imperio persa. Sin embargo, en el siglo IV a. C., se introduce en Occidente un cambio que dará lugar a la veneración de estos dirigentes. Este cambio en concreto vendrá introducido de la mano de Alejandro Magno, hijo del general macedonio Filipo II, quien, tras su conquista de Oriente y, concretamente, tras la derrota de los dirigentes persas, aúna estos dos espacios bajo un único mandato, el suyo. Este hecho tan singular será utilizado tras su defunción en junio de 323 a. C. por los llamados diádocos, es decir, los siete generales principales que acompañaban al valeroso joven en sus campañas, para poder legitimar su presencia en un territorio concreto, especialmente tras la repartición del imperio entre los diferentes sucesores.

Para poder explicar todo este proceso, he decidido enfocar este trabajo en un espacio concreto, que es Egipto. El motivo de esta elección viene dado por la singularidad del lugar así como por la importancia que tuvieron los Ptolomeos, los dirigentes del territorio durante el período helenístico, a la hora de transmitir la cultura a sus sucesores, los emperadores del Imperio Romano. Egipto, tierra de faraones, ya presentaba desde tiempos bien antiguos esta idea de la divinidad del soberano, por lo que explica la fácil adopción por parte de la dinastía Ptolemaica de este título, así como la posibilidad de desarrollar este culto en concreto. Debido a la complejidad del período he decidido utilizar las figuras de los primeros soberanos, es decir, Ptolomeo I Soter, Ptolomeo II Filadelfo, Ptolomeo III Evergetes y Ptolomeo IV Filopátor, que serán quienes establezcan las premisas que los subsiguientes gobernantes utilizarán.

Asimismo, para poder mostrar la evolución de un rasgo tan característico como es el culto al gobernador desarrollado por la dinastía Ptolemaica en este espacio concreto, necesitaremos explicar las diferentes etapas que presenta este fenómeno. Por este motivo he enfocado este trabajo siguiendo un orden cronológico como hilo conductor del mismo, donde en cada período en concreto se incluyan tanto las reformas como las innovaciones que cada uno de los diferentes monarcas ha realizado durante su período de gobierno.

En primer lugar, se presentan los considerados antecedentes a este culto al gobernador que se desarrollan en Occidente con anterioridad a la llegada de Alejandro Magno. Entre los diferentes ejemplos destaca el del propio padre de Alejandro, Filipo II.

En segundo lugar, debido a su papel protagonista en todo lo que acontecerá en los siglos venideros, he incluido un apartado dedicado exclusivamente a la figura de Alejandro Magno, y especialmente a los primeros ejemplos que defienden su naturaleza divina. Para ello, he aportado diferentes ideas como son los mitos relacionados con su nacimiento o la emulación de los antiguos héroes clásicos por parte del joven que prepara el terreno a la futura divinización. En especial, he dedicado una extensión considerable a lo que considero el factor determinante en el inicio de este proceso de divinización y, particularmente, de culto al gobernador: la conquista por parte de Alejandro Magno de Egipto, así como su visita al oráculo de Amón y la fundación de la ciudad de Alejandría.

El tercer apartado estará dedicado a los cuatro primeros soberanos de la dinastía de estudio que, como ya hemos avanzado, serán los protagonistas indiscutibles del establecimiento e institucionalización del culto dinástico. Ordenados a su vez de forma cronológica, procederé a explicar para cada una de las figuras aquellos elementos representativos que aportó el monarca respecto al desarrollo del culto en cuestión. Este recorrido se iniciará con Ptolomeo I Soter y su utilización de la figura de Alejandro Magno para poder legitimar su propia presencia, seguido de Ptolomeo II Filadelfo y las primeras divinizaciones de la dinastía Ptolemaica, hasta llegar a Ptolomeo III Evergetes y Ptolomeo IV Filopátor, quienes representarán el establecimiento completo de este culto en particular. Asimismo, para poder mostrar la repercusión de estas acciones, aportaré evidencias arqueológicas, esencialmente en forma de papiros y monedas, que respaldan este desarrollo en la historia y, en concreto, en la evolución política. De esta manera todos los procesos llevados a cabo hasta finales del siglo III a. C. quedan demostrados con la presencia de estas evidencias.

Seguidamente, y a modo de epílogo, procederé a presentar la que podría considerarse la continuación de esta divinización del gobernador ya iniciada por Alejandro Magno y adoptada por sus seguidores durante la época helenística. Este culto será modelo para futuros gobernantes, principalmente en Roma, instaurado por la figura de Augusto. Para poder explicar mejor esta transmisión del culto al gobernador a la Roma imperial, introduciré la figura de Cleopatra VII y su relación con Roma, para explicar, brevemente, el porqué de la llegada del general Octavio, posteriormente conocido como Augusto, y de la importancia que este individuo tendrá en el futuro. Seguidamente, procederé a explicar la institución del culto imperial en Roma, llevado a cabo por el propio Octavio en su deseo de emular a Alejandro

Magno y al esplendor que rodeó al joven general, tanto antes como después de su fallecimiento.

Finalmente, realizaré una breve conclusión donde destacaré los principales aspectos de todo el proceso, así como la idea principal de este trabajo, que radica en la importancia que tiene el desarrollo del culto al gobernador helenístico en el caso concreto de Egipto Ptolemaico para explicar la futura concepción de divinidad que presentarán tanto emperadores romanos como otros soberanos de la Edad Media.

Este hilo narrativo irá acompañado de una selección de fuentes documentales y literarias que apoyarán las ideas presentadas en el trabajo. Entre estas fuentes destaca la utilización de papiros extraídos del archivo de datos papirológicos POPYRI.INFO, donde he centrado mi búsqueda en aquellos papiros datados entre los años 350 y 250 a. C., destacando los que presentan las palabras “Ptolemaiou”, “basileus” y “*theos/theoi*”. De esta manera he podido contrastar la información obtenida a partir de historiadores de la talla de Fraser, Bevan o Hazzard con la que he podido deducir a partir de mi propia búsqueda. De este mismo modo he utilizado fuentes literarias primarias, especialmente las atribuidas a Arriano y Plutarco, quienes, a pesar de ser autores posteriores al período que tratamos, cuentan con referencias contemporáneas a la etapa histórica que nos concierne, ejemplificado en su mayoría por el propio Ptolomeo. También he decidido incluir los estudios llevados a cabo por autores modernos, cuyos trabajos me han facilitado la comprensión de los temas a tratar y me han animado a profundizar en los temas que me han parecido más relevantes.

En el anexo fotográfico podréis encontrar imágenes de las evidencias arqueológicas utilizadas a lo largo del trabajo, demostrando así el desarrollo que el culto al gobernador ha tenido desde Alejandro Magno hasta su adopción por el imperio romano. Se trata de una selección de todas las posibles imágenes a utilizar, pero que ejemplifican perfectamente el desarrollo, y más concretamente la institución, del culto al gobernador que intento explicar con este trabajo.

## **2. Antecedentes.**

Es comúnmente defendido que el culto al gobernador en occidente se inicia en el período helenístico, concretamente tras la defunción de Alejandro Magno y la divinización de éste por parte de los diádocos, o sucesores inmediatos. Sin embargo, se han observado diversas prácticas acontecidas durante la etapa inmediatamente anterior a este período que presentan ejemplos de humanos a los que, por un aspecto u otro, se les rinden homenajes.

### **2.1. Primeros ejemplos de divinización a humanos.**

Estos primeros ejemplos nos vienen dados por prácticas realizadas en la Grecia más arcaica. Se trata de un culto dedicado a los humanos, donde ciertos individuos reciben honores de parte de la sociedad (Potter, 416). La elección de este individuo en concreto es realizada por las propias ciudades, que eligen un sujeto al que honrarán mediante la inscripción en una estela colocada en un templo (Potter, 416). El ejemplo más común era la práctica de dedicar estatuas y otras imágenes en templos a individuos que simplemente habían empleado tiempo y dinero en asuntos de índole cívica, como era ornamentar los templos o aportar patrimonio para la construcción de los mismos (Potter, 416).

Otro culto específico de esta época arcaica estaba dedicado a los héroes, un término único de la sociedad griega (Potter, 418). A pesar de que se distinguía claramente entre dioses y mortales, se contaba, a su vez, con la presencia de un estadio intermedio representado por los héroes, es decir, aquellos nacidos de la relación entre una divinidad y un humano (Guzmán, 190). Este culto en particular tiene su inicio en de la época homérica, y se dedicaba a aquellos héroes que habían fallecido (Potter, 418). Para llevar a cabo la veneración, se creaba una tumba especial, el *heroon*, donde se ofrecían sacrificios y regalos votivos. En algunas ocasiones esta tumba podía tomar forma de templo monumental (Potter, 418). Estas tumbas heroicas eran consideradas fuente de bendición para la comunidad donde estaban situadas (Guzmán, 190). Dado que el héroe sólo vivía una vez, los lugares dedicados al culto de éste únicamente podían emplazarse en un sitio en concreto. Esto condujo a una conexión significativa entre el culto al héroe y la identidad de la comunidad (Potter, 418)<sup>1</sup>.

También eran tratados con honores los llamados *theioi*, es decir, seres divinos o similares a los dioses, cuya obtención de tal reconocimiento se justificaba por poseer un rasgo identificador especial (Moretti, 252), cualidades que les definirían como algo más que un

---

<sup>1</sup> Más información referente al culto a los héroes en la antigua Grecia en Whitley, James. "The monuments that stood before Marathon: tomb cult and hero cult in Archaic Attica", *American Journal of Archaeology*, vol. 98, nº 2, 1994, pp. 213-230.

ordinario benefactor cívico (Potter, 416). Entre los estos destinatarios se incluían atletas, poetas, generales y otros individuos que hubieran aportado un bien innegable a su ciudad. Entre 334 y 332 a. C. los ciudadanos de Delfos realizaron una dedicación para el historiador Calístenes y el filósofo Aristóteles encontró la propia en el templo de Apolo en Delfi. En 333 a. C. los habitantes de Priene también dedicaron honores a Merymbates de Éfeso al incluir una estatua en el templo de Atenea. Es más, en 334 a. C. individuos de Erythrai encargaron una estela situada en los templos de Atenea y Heracles conmemorando las acciones de Phanes, quien tuvo un papel activo en la expulsión de los persas de la ciudad. También se incluyen entre estas personas tratadas con mérito y distinción por sus ciudadanos Theagenes, un atleta procedente de Tasos (Fraser, 213), e incluso el general espartano Lisandro a quien se le rendían tributos en la isla de Samos, entre muchas otras muestras de esta práctica honorífica. El primer ejemplo parece responder al caso de Theagenes, pues el templo erigido en su honor data más tempranamente que el del resto (Fraser, 213). Todos estos, entre otros muchos ejemplos, evidencian esta práctica (Potter, 416).

Esta praxis se trasladó para referirse al gobernador y, así, poder ser utilizada tanto como propaganda política como engrandecimiento personal (Fraser, 213). Lisandro es considerado el primer gobernador en ser adorado de esta manera, con altares y juegos (Fraser, 213), y, además, el primero en recibir estos honores antes de su defunción. Así como los ejemplos más anteriores de adoración a los benefactores fallecidos, esta adulación demuestra una tendencia a expresar la admiración y gratitud hacia la figura en cuestión (Fraser, 213). Plutarco da evidencia de este fenómeno: “fue el primer griego, como escribe Duris<sup>2</sup>, a quien las ciudades erigieron altares e hicieron sacrificios como un dios, el primero también a quien se le cantaron canciones de triunfo” (Plutarco, *Vida de Lisandro*, 18.3).

Entre estos diferentes cultos destaca el culto al *ktistes*, o fundador. En esta forma en concreto de venerar a un individuo, la ciudad dedicaba a su fundador honores y ofrendas para, en cierto modo, agradecer su labor como creador de la urbe. Este tipo de culto en concreto será el que tome Ptolomeo I como referente para legitimar su presencia y poder en Egipto, sirviéndose del culto a Alejandro *ktistes* en Alejandría, así como su sucesor, Ptolomeo I, hará para instaurar el culto dinástico.

---

2 Duris de Samos fue un historiador griego cuya obra principal es la historia de Grecia y Macedonia hasta la muerte de Lisímaco, el año 281 a. C.



## 2.2. Primera muestra de culto al gobernador en Filipo II de Macedonia.

La primera muestra de un culto al gobernador tal y como más tarde se desarrollaría con el joven Alejandro nos viene presentada por parte de su predecesor, el general Filipo II de Macedonia. Badian (Badian, 13) nos explica que este culto se desarrolló en Asia Menor y otros sitios de alrededor, sin seguir realmente una dirección concreta. En Éfeso, por ejemplo, tras derrotar y expulsar a los soldados persas así como apoyar el establecimiento de la oligarquía, Filipo es condecorado con una estatua representativa en el famoso templo de Artemisa como *synnaos* – dios asociado, o que comparte el templo con otra divinidad – de la diosa (Badian, 13), y en Eresus, en Lesbos, se estableció un culto a Zeus Philippios tras una liberación similar, donde se idolatraba a Zeus como protector del general (Badian, 13). Se puede vislumbrar, pues, que no existe divinización de este personaje, pero sí una elevación del estatus de Filipo que lo sitúa sobre cualquier otro humano mortal y un ejemplo sin precedentes para un rey macedonio (Badian, 14). Filipo se presentó a sí mismo como *isotheos*, que en la tradición griega era un mortal que se igualaba a los dioses, aunque siempre en conocimiento de que sus cualidades eran diferentes, esencialmente por su mortalidad (Badian, 15).

Chanotis sitúa este acontecimiento aún más atrás en el tiempo, y defiende que el primer ejemplo de esta práctica helenística viene dada por el propio padre de Filipo II, Amyntas III. Este hecho se ve evidenciado por una dedicación de un lugar santo llamado Amynteion en Pydna (Chanotis, 434).

En todo caso, parece ser que las aspiraciones de Filipo eran otras, pues su asesinato acontece cuando éste estaba considerando un nuevo estatus, pues se estaba identificando como el *synthronos* – o coocupante del trono divino – de los dioses (Badian, 15). Este hecho se muestra en la presencia de una estatua propia que fue llevada en la procesión de la boda de su hija junto a las doce estatuas de los dioses olímpicos (Chanotis, 434), como nos narra Diódoro Sículo:

Junto a la muestra de derroche de todo tipo, Filipo incluyó en la procesión estatuas de los doce dioses forjadas con gran maestría y decoradas con una asombrosa muestra de riqueza para deslumbrar al espectador, y junto a éstas había una decimotercera estatua, apropiada para un dios, del propio Filipo, por lo que el rey se exhibió a sí mismo entronizado entre los doce dioses (Dio. 16.92.5).

Se ha hallado evidencia del culto a Filipo en Filippi, posiblemente una ciudad que ya existía en su época. Una inscripción del lugar que concierne la venta de la tierra sagrada

enuncia entre sus poseedores no sólo dioses – Ares y Poseidón – y héroes, sino también al propio Filipo. Esto demuestra que Filipo era adorado como *ktistes*, o fundador de la ciudad, una forma particular de culto que, como hemos explicado, futuros gobernadores helenísticos adoptaran, empezando por Alejandro en Alejandría (Chaniotis, 434).

### **3. Alejandro Magno.**

Alejandro III de Macedonia, hijo de Filipo II de Macedonia – descendiente de la familia de los Argéadas – y de Olimpia, nació en Pella probablemente el 21 de julio de 356 a. C. Tras el fallecimiento de su padre, asume su nuevo papel como general en 336 a. C. hasta el momento de su muerte, 13 años después, el 12 de junio de 323 a. C. En este período de tiempo, el joven general conquista Asia, tras cruzar el Helesponto en 334 a. C., liberando así a los territorios que se hallaban hasta el momento bajo dominio del Imperio Aqueménida. Sus hazañas militares serán conocidas a partir de ese momento, siendo emulado por muchos de los futuros gobernadores entre los que se encuentran, entre otros, emperadores y monarcas.

#### **3. 1. El nacimiento de Alejandro Magno: el inicio del mito.**

Diferentes mitos y leyendas referentes a la concepción del joven general han surgido a lo largo de la historia, debido especialmente a su increíble capacidad militar. Por ello, muchas de estas historias intentaban dar a Alejandro un origen más digno y mitificado. Dado la línea cronológica que presenta este trabajo en el estudio del proceso de divinización, no tomaré en consideración en este momento las versiones respecto al origen del general que se producen tras su muerte.

Olimpia, esposa de Filipo II de Macedonia y madre de Alejandro, aseguraba que su descendiente era hijo de Zeus. Defendía su milagrosa concepción relatando que un rayo, precedido de un relámpago, la alcanzó en su vientre produciéndose a continuación un violento fuego en su interior que se expandía luego por toda la estancia. Asimismo, Filipo narraba que tuvo un sueño en el que “sellaba el vientre de su esposa con un anillo en el que figuraba una cabeza de león” (Gómez, 132), símbolo del coraje y la nobleza representado en héroes como Heracles o Aquiles<sup>3</sup>. Precisamente de estos dos héroes Alejandro se proclamaba heredero (Gómez, 130). Posiblemente estas historias se iniciaran como mera invención, pero tuvieron una repercusión mayor en el joven general, que procedería a anunciar su orgullosa dinastía así como a certificar dicha ilustre genealogía (Gómez, 132). Así, se puede vislumbrar una evidente emulación por parte de Alejandro de los que él consideraba sus legítimos antepasados (Gómez, 174).

Del mismo modo, Bowman nos introduce otro mito de la concepción del joven general: siguiendo esta idea más romántica, se argumentaba que Alejandro era el producto de un

---

3 La utilización de esta simbología proviene, especialmente, de las llamadas 12 tareas que llevó a cabo Heracles, donde se le asignó como primer trabajo matar al león de Nemea. Es muy posible que por esta causa se adoptara la idea de representarlo con una piel de león cubriendo su espalda y cabeza.

encuentro amoroso entre su madre Olimpia y el último faraón egipcio, Nectanebo II (Bowman, 22). Esta idea enlazaría con el futuro nombramiento del joven general como faraón, tras liberar el país de Egipto de la presencia persa. Se podría concebir, pues, como un reclamo de su puesto como rey debido a ser descendiente de esta dinastía egipcia.

A pesar de estas dos diferentes versiones respecto a la concepción del joven general, todo parece indicar que el susodicho sí se sentía hijo de Filipo, como así evidencia tanto su toma de posesión del ejército, siguiendo los pasos de su padre como general, como su continua referencia a sus antepasados heroicos. Sea como fuere, Alejandro Magno realizó todas su proezas por sus propios méritos.

### **3.2. La situación previa a la llegada de Alejandro Magno a Egipto.**

Egipto siempre había mantenido una relación cordial con Grecia, especialmente debido al intercambio económico y al asentamiento de mercaderes de nacionalidad griega en este país situado en el norte de África. Gobernado por faraones, este territorio presentaba una favorable situación tanto económica como social. Sin embargo, en 525 a. C. Cambises, el emperador del imperio persa, había llegado al territorio egipcio y, tras asesinar al faraón Psamético III, se apoderó de Egipto para convertirlo en una satrapía (Vanoyeke, 9). La situación del país cambia totalmente, especialmente en las áreas religiosas y sociales, a causa de la represión por parte del imperio persa, principalmente debido a la naturaleza monoteísta de la religión de este último. Esta situación vio su punto máximo de crueldad con Artajerjes III (Vanoyeke, 9).

En el año 335 a.C., poco después de la muerte de su padre Filip, Alejandro Magno tenía la férrea intención de expulsar a los persas de Asia Menor y, así, conseguir la liberación de las ciudades griegas situadas en el territorio asiático del control de Darío III (Vanoyeke, 9). El avance de este general en su conquista del territorio Mediterráneo, impulsado por su deseo de derrotar al imperio persa, le lleva a enfrentarse a este rey en 333 a. C., primero a orillas del Gránico y posteriormente en Tarso e Issos (Vanoyeke, 10). Tras este acontecimiento, Alejandro Magno procede a asegurarse las costas del Mediterráneo oriental donde se hallaban establecidas diferentes bases de los enemigos y cuya presencia impedía continuar las operaciones de expansión, continuando su marcha -tras un largo y sangriento asedio en Tiro- hacia Egipto (Bell, 35-36), donde finalmente liberaría este del dominio persa (Vanoyeke, 10).

### **3.3. Alejandro Magno en Egipto.**

La ocupación de Egipto resultó ciertamente sencilla desde el punto de vista militar. En siete días Alejandro llegó acompañado de sus tropas a Pelusio, situado “en el extremo oriental

del delta del Nilo, cuya fortaleza constituía el primer eslabón defensivo del país contra cualquier ataque procedente del norte” (Gómez, 43). Su entrada en el país logró a éste de la ocupación persa, siendo saludado por la población nativa como liberador (Gómez, 43). Todo parece indicar que, además, tributó homenajes a los dioses nativos que los persas habían negado dada la naturaleza monoteísta de su ideología religiosa. Seguidamente se dirigió a Menfis, donde el por entonces sátrapa persa del territorio, Mazaces. Ante este caluroso recibimiento, Alejandro celebró su llegada a la ciudad con grandes fiestas seguidas de certámenes de juegos así como festivales con espectáculos dramáticos y musicales (Bell, 37) en los que tributó también los debidos honores a las divinidades indígenas en el otoño de 332 a. C. (Bell, 37).

Arriano narra estos episodios en su *Anábasis de Alejandro Magno*, donde cita que “Alejandro se dirigió a continuación hacia Egipto” (Arr., *An.* III, 1.1). Asimismo, “cruzó el río para llegar a Menfis, donde ofreció sacrificios a todos los dioses [...] y celebró certámenes gimnásticos y musicales, a los que concurrieron los especialistas más famosos de Grecia.” (Arr.*An.* III, 1.4).

Es bastante probable que, desde Menfis, descendiera por el lado occidental del Nilo al Canopo. En este lugar, concretamente entre el lago Mareōtis y el mar, asentaría la futura ciudad griega de Alejandría, llamada así por su propio nombre. Una vez fundada la que será la capital del reino, el joven general procedió a realizar una visita al oasis de Siwāh para consultar el oráculo de Amón, el dios egipcio, quien era identificado por los griegos como Zeus (Bell, 37). La tradición dice que Alejandro será recibido como “hijo de Amón” por el sacerdote del oráculo (Vanoyeke, 10). Este saludo realizado por el sacerdote era para los nativos el modo convencional de dirigirse a cualquier rey de Egipto, sin embargo Alejandro no conoce la tradición esta práctica (Bell, 37) por lo que se proclama hijo de “Zeus-Amón”, pues el general consideraba que Amón era Zeus, por lo que este acontecimiento dejó huella en su persona (Bell, 37). No poseemos referencias que nos indiquen qué sucedió en realidad, pues Alejandro acudió al oráculo con sus tropas pero penetró en el mismo sin más compañía (Gómez, 45).

Sintió entonces Alejandro un vivo deseo de acercarse hasta el santuario de Amón. [...] por consultar al dios cuyo oráculo se decía que era infalible, y porque a él había acudido el propio Perseo y Heracles, [...] deseaba emular [a éstos], por considerarse descendiente de ambos, llegando a atribuir su nacimiento a Amón (Arr., *An.* III, 3.1.1-2).

“Ptolomeo, el hijo de Lago, cuenta que aparecieron dos serpientes que [...] les condujeron hasta el oráculo del dios y luego por el camino de regreso” (Arr. *An.* III, 3.1-5).

“Oyó de la divinidad lo que deseaba y, acto seguido, volvióse de regreso a Egipto por el mismo camino de ida, según relata Aristóbulo, aunque Ptolomeo, el hijo de Lago, dice que lo hizo por otro camino que conduce directamente a Menfis.” (Arr. *An.* III, 3.2.5).

De esta manera, Alejandro era condecorado como faraón. Las repercusiones de esta visita, sin embargo, fueron más comprometedoras y, sobre todo, influyentes en la personalidad del joven general, como veremos en el siguiente apartado.

### **3.4. Alejandro Magno y el culto al gobernador.**

Uno de los rasgos más característicos que se asocian al imperio de Alejandro Magno es el culto al gobernador. Por este motivo, suele argumentarse que el culto a los monarcas en Occidente se origina precisamente con el culto de Alejandro (Guzmán, 189). Durante el período helenístico se acontece una generalización de esta práctica, quedando consagrada con la institución del culto imperial llevado a cabo por algunos emperadores romanos (Guzmán, 189).

Guzmán (Guzmán, 190) argumenta que, probablemente, el proceso de divinización de Alejandro se sustentase sobre la antigua concepción griega del estadio intermedio, representado por los héroes, entre dioses y mortales, debido a haber sido engendrado, según la leyenda, por un miembro de cada estirpe. Como ya hemos señalado con anterioridad, Alejandro ansiaba imitar y hasta superar las hazañas de los antiguos héroes. Quería emular a su héroe predilecto, Aquiles, pero también al propio dios Dionisio y no menos al que consideraba su antepasado, Heracles (Guzmán, 190). Dicha emulación parecía especialmente recurrente en el último caso, debido a la analogía que presenta la concepción de ambos: según la tradición, Heracles tenía como padre a Zeus, quien embarazó a Alcmena, aunque se suponía que su padre mortal era Anfitrión. Estas ideas concuerdan con la teoría planteada por el propio Guzmán, quien asegura que fue la propia madre de Alejandro, Olimpia, quien debió contribuir a hacerle creer a Alejandro que era hijo no de Filipo, sino del mismísimo Zeus-Amón (Guzmán, 191). Sin embargo, es más probable que los intentos del propio Alejandro por conseguir esta elevación se debieran a que el general consideraba que había superado con creces los méritos (Gómez, 178) de aquellos que habían sido honrados con diferentes cultos y rituales con anterioridad, entre los que figuran el propio Filipo y los llamados *theoi* (Moretti, 252).

Arriano apoya esta idea diciendo:

Es más, no ha habido hombre alguno, ni griego, ni bárbaro, que haya realizado tantas ni tan grandes hazañas, ni por su número ni por su magnitud. Confieso que por esto yo me he embarcado en esta narración, bien que no me reconozca capaz de exponer ante los hombres de modo claro las hazañas de Alejandro (Arr. *An.*, I, 12.3-5).

En Occidente, Alejandro contribuyó al desarrollo de este culto al gobernador cuando demandó que las ciudades de la Liga de Corinto le adoraran como un dios, aunque no hay evidencias de que, en caso de que así se hiciera, se instaurara un culto oficial del joven general. Posiblemente su nombre se unió al de otros dioses en las plegarias, pero no constituyó un culto por su propia cuenta con sus templos y sacerdotes, como sí sucedió durante el período helenístico (Fraser, 213).

### **3.4.1. Divinización de Alejandro en Egipto.**

El punto de partida de todo este proceso de divinización parece provenir de la mencionada visita al oráculo de Siwah. Guzmán plantea que la afirmación por parte de Olimpia de que Alejandro era descendiente de Zeus-Amón fue uno de los motivos que llevaron al joven general a consultar el oráculo de Zeus-Amón en el desierto egipcio de Siwah (Guzmán, 191), aunque parece más adecuado decir que esta visita se realizó por una muestra de piedad hacia las tradiciones egipcias por parte del joven general.

Después de su llegada y visita al santuario de Siwah, Alejandro Magno fue aclamado como faraón, es decir, como intermediario entre la humanidad y los dioses, por el oráculo, quien le ratificó su ascendencia divina, o al menos así se presentó ante sus soldados tras la consulta, y fue recibido por los que aguardaban su regreso como hijo de Zeus-Amón (Guzmán, 191). También se le concibieron concedieron los títulos tradicionales de rey del alto y bajo Egipto, hijo de Ra, amado de Amón y dios manifiesto como Horus, tal y como demuestran algunas inscripciones oficiales egipcias conmemorativas en las que el monarca macedonio aparece calificado con dicho título (Gómez, 43). Todo parece indicar que su nombramiento como rey de Egipto fue aceptado sin oposición (Bell, 36), aunque no parece que se realizara una ceremonia de coronación como faraón (Gómez, 44). Según Bowman, también pudo ser posible que ésta sí aconteciera en la ciudad de Menfis, hecho que le situaría en la tradición de los faraones nativos (Bowman, 22). A partir de este momento fue representado siguiendo este estilo en los templos (Bingen, 29).

Este hecho se ve evidenciado en el papiro P. O.I. 25257 (P. Chic. Haw. 2), conocido con el título de “contrato de Annuity”, se fecha entre octubre y noviembre del año 331 a. C., fue hallado en el Fayum (Egipto) y está escrito en demótico. En él se dice: “Año 1, cuarto mes de la estación shemu del faraón Alejandro”.

La estancia de Alejandro Magno en Egipto fue breve ya que se limitó al periodo invernal de los años 332-331 a. C. Sin embargo, todo lo acontecido en este corto espacio temporal seguramente tuvo grandes repercusiones en el joven general, pues asumía por primera vez un título real en un país que era muy considerado por sus vecinos los griegos, hecho que conllevaba ser considerado el dueño y señor del país en su totalidad (Gómez, 44). Todo esto, intensificado tras la visita al santuario, causó que Alejandro Magno se afirmara en la idea de hallarse bajo una protección divina, llegando a considerarse él mismo a partir de este momento como un verdadero hijo de Zeus-Amón e incluso percibir su campaña como una misión divina. Esta idea fue desarrollada a lo largo de su carrera, hasta llegar a acompañar cada uno de sus proyectos o misiones (Bell, 38).

A partir de entonces, Egipto formó parte del imperio macedonio. Alejandro debía emprender de nuevo el camino, pero antes de proceder dejó en mano del arquitecto Dinócrates el encargo de crear la ciudad de Alejandría, justo donde se hallaba el poblado de Racotis. Para ello nombró a dos funcionarios para que dirigieran el país, y dejó provisiones en las ciudades más principales del país. Siguiendo el modelo establecido por el imperio persa, designó a un sátrapa, concretamente Cleómenes de Naucratis (Bowman, 22), para que se encargara de mantener el control en el territorio. La ceremonia oficial de inauguración de la futura capital egipcia aconteció el 7 de abril de 331 a. C., poco antes de que Alejandro continuara su expedición abandonando el país (Gómez, 46).

Arriano narra en su *Anábasis* dicha fundación. Sin embargo, en este relato el historiador nos sitúa ésta con anterioridad a la visita al oasis de Siwah:

Llegando a Canopo, bordeó el lago llamado Mareotis, y desembarcó donde ahora se encuentra la ciudad de Alejandría [...]. Le pareció, en efecto, aquel lugar muy idóneo para fundar una ciudad que con el tiempo habría de ser próspera en sumo grado. [...] fijando él mismo los límites de la ciudad, el lugar donde había de alzarse el mercado, el perímetro de los muros y el número de templos y dioses que en ellos se venerarían [...] incluyendo a la egipcia Isis. (Arr. *An.* III, 1.5)



Independientemente de si tal creación de la ciudad de Alejandría aconteció antes o después de esta visita, el hecho es que dicha fundación le otorgaría un nuevo poder como fundador de ésta; acontecerá, pues, el «culto del soberano cívico», establecido – en teoría voluntariamente – por las ciudades (Shipley, 177). El culto heroico para el fundador – *ktistes* u *oikistés* – de una polis era una práctica común en el mundo helenístico<sup>4</sup>, y tras su muerte sobre su tumba se realizaba un culto reservado a los héroes (Moretti, 253). Los soberanos del período helenísticos eran los principales fundadores de ciudades, por lo que tenía el honor legítimo de ser considerados héroes (Moretti, 254). Seguramente el rango divino de los reyes orientales y de los faraones había acabado por influir, dándoles esta concepción de semidioses a los fundadores (Moretti, 254). En esta situación no se esperaban acciones sobrenaturales de parte de los soberanos divinizados, por lo que no recibían ningún tipo de plegarias o donaciones (Moretti, 254).

Tras la visita de Alejandro al oráculo de Amón en Siwah en 332/1 a. C., la divinización de Alejandro en Egipto parecía establecida de manera oficial (Moretti, 255), siendo afianzada tras la fundación de Alejandría en la costa de Egipto.

### **3.4.2. Alejandro, rey de los persas.**

El desembarcó de Alejandro Magno en Asia lo presentaba como sucesor de Filipo II pero, tras su victoria sobre los persas, el joven general era ahora considerado rey de Persia, con todas las connotaciones que este título conllevaba; es decir, era considerado un gobernador medio divino. Tras este episodio, se embarcó en la misión de restablecer el imperio, eliminando los hasta ahora signo de conflicto entre las diferentes culturas. Después de su retorno a Susa y tras sus victoriosas campañas, contrajo nupcias con la hija de Darío en una gran ceremonia de matrimonio donde otros macedonios se prometieron en matrimonio con jóvenes nativas, hecho que evidencia un claro acto donde refleja su interés por la unión de Europa y Asia (Bell, 38).

Entre este proceso de divinización destacan los intentos de Alejandro por instaurar el ceremonial conocido como *proskynesis* en el año 327 a. C. (Guzmán, 191). Esta ceremonia, típica de la corte persa, elevaba al gobernador a la figura de un rey. Alejandro, siguiendo esta idea, adopta costumbres y ceremoniales de corte persas – que tanto molestaron a sus tropas –

---

4 Ya hemos comentado en el apartado 2.1 los diferentes cultos dedicados a los humanos establecidos durante la Grecia más arcaica. Este modelo será tomado por los gobernadores helenísticos, cuya característica más destacable es la de fundar ciudades en sus territorios, ya sean a su nombre o dedicadas a su familiares (esposas o progenitores). A dato informativo, el propio Alejandro fundó alrededor de 70 ciudades llamadas Alejandría.

para contrarrestar cualquier oposición en este terreno – especialmente el desafío de Bessos, un noble sátrapa de Bactria, quien se declaró como sucesor legítimo (Gómez, 307). Este ritual era una costumbre de la corte persa por la que, al despedirse de su rey, los persas realizaban una postración que demostraba su aceptación y doblegamiento ante la autoridad del monarca (Guzmán, 191). Esta práctica era considerada por los griegos como un acto de culto dirigido únicamente a la divinidad, por lo que no aceptaron la obligación de practicarla ante un hombre mortal; lo consideraban un insulto a su estatus como hombres libres (Guzmán, 192).

A pesar del rechazo con el que recibieron esta práctica, el proceso de divinización iniciado por Alejandro continuó, según afirman las fuentes literarias y como corroboran diferentes testimonios que son las monedas y ciertos documentos arqueológicos, como el sarcófago (anexo fotográfico, imagen 4) de Estambul de Alejandro (Guzmán, 194). Diferentes acciones que demuestran este proceso nos vienen dadas por el propio Alejandro, quien “se complacía en asistir a fiestas ataviado a la usanza del dios Amón y tocado con los cuernos de carnero” (Guzmán, 194). Estas acciones también se llevaban a cabo en público, donde Alejandro se presentaba con atributos que le identificaran de algún modo con esa naturaleza divina (Guzmán, 194).

Arriano, en su *Anábasis de Alejandro*, defiende que la actuación del general debía ser tomada como un procedimiento de carácter político, necesario para establecer la necesaria distancia entre el soberano y los súbditos. En esta situación en concreto el ritual de *proskynesis* únicamente iba dirigido a los persas, para poder diferenciar entre el rey y los súbditos (Arr. *An.* IV 12.1 “manifestó su autorización a los macedonios de que podían olvidarse de la *proskynesis*”). Mediante la realización de este ritual, el joven general pretendía fundar su imperio sobre las bases del antiguo Imperio Aqueménida, es decir, siguiendo sus estructuras fundamentales, las divisiones territoriales o la utilización del término de sátrapa para los gobernantes. Alejandro tenía la intención de conciliar a los macedonios y los persas para tener vía libre en sus proyectos, así como el apoyo de éstos en todas sus decisiones (Gómez, 307).

En las ciudades griegas surgieron tanto partidarios como detractores de la implantación de este culto, incluso en las dos polis más hostiles al rey macedonio, Esparta y Atenas, y hasta se dice, a modo de anécdota, que los habitantes de Éfeso rechazaron las ofrendas que Alejandro había enviado al templo de Ártemis alegando – de forma irónica – que un dios no debía

realizar tales ofrendas a otros dioses, como clara muestra de su negación hacia la naturaleza divina que el joven general predicaba (Guzmán, 195).

Todo esto indica que durante la vida de Alejandro sí acontecieron ceremoniales y prácticas cortesanas dedicados a su persona, en su mayoría dirigidas para engrandecer su figura por encima de la mera noción de soberano (Guzmán, 195). Parecer ser que en algunas ciudades e islas menores el nombre de Alejandro se utilizaba en fiestas y procesiones, posiblemente intentando realizar un vínculo entre su figura y la de las divinidades locales (Guzmán, 195). Parece ser que estos pequeños cultos en pequeñas ciudades de Asia Menor eran dedicados tras la liberación de estas polis por parte de Alejandro de la presencia persa (Walbank, 90).

Sin embargo, la divinización de Alejandro vino primordialmente dada por sus sucesores, quienes utilizaron su imagen para legitimar su presencia y poder en los diferentes territorios a los que se habían dirigido, en principio, como sátrapas. Esto es lo que Ptolomeo hizo en Egipto, y que veremos con más detalle.

### **3.5. Representaciones divinizadas contemporáneas de Alejandro Magno.**

Las representaciones de la época de Alejandro presentarán una combinación, prácticamente imposible de diluir, de su apariencia real con los diferentes elementos que le dotaban de un aire idealizado mediante el que se representaba a los dioses y héroes en el arte griego a finales del período clásico (Gómez, 188). Alejandro aparece así habitualmente representado como un joven imberbe en el que destaca su apariencia juvenil y que evoca la imagen de los dioses y los héroes a los que emulaba, con los que llegó a identificarse en un momento posterior de su carrera (Gómez, 189).

Los retratos en relieve que aparecen sobre las paredes del templo de Luxor en Egipto son contemporáneos de Alejandro. En este lugar, en forma de relieve, el general es representado en cincuenta y dos ocasiones como faraón e hijo de Amón, ataviado por tanto con la indumentaria característica y tradicional de la realza egipcia (Gómez, 191). Además, Alejandro restauró el antiguo templo de Amenofis III y construyó en el interior del mismo un nuevo santuario para albergar la barca sagrada de Amón. Los relieves (anexo fotográfico, imágenes 2a y 2b) lo representan en el momento de ser introducido ante la presencia de los dioses Amón y Amón Ra, justo cuando realiza las plegarias y ofrendas a las divinidades y recibiendo, a su vez, los dones correspondientes entre los que se incluye el símbolo del rejuvenecimiento (Gómez, 191). Alejandro lleva consigo el símbolo de la larga vida y diferentes tipos de coronas, y es representado con otros símbolos faraónicos y divinos,

siempre acompañado por las correspondientes titulaturas que acreditan su estatus (Gómez, 191).

Sin embargo, la serie más rica y variada que se puede ofrecer de retratos de Alejandro se encuentra en las monedas. Las primeras monedas emitidas durante el reinado de Alejandro contenían sobre todo un mensaje dinástico (Gómez, 199). La mayoría de estas monedas vienen representadas con la imagen de Heracles, siendo éste el prototipo de héroe liberador y conquistador, en el anverso y de Zeus, considerado el árbitro y juez de la acción heroica, en el reverso (anexo fotográfico, imagen 1b). La elección de esta simbología pretendía demostrar la divinidad de su familia, pues clamaba que él era descendiente de Heracles y, por lo tanto, del mismo Zeus. Esto conllevaba, a su vez, una clara apelación al mundo griego como principal usuario de las mismas. Otras monedas de oro tenían representada la cabeza de una Atenea (anexo fotográfico, imagen 1a) armada con la figura de una victoria alada que simbolizaba la venganza emprendida contra el persa, también como clara apelación al mundo griego (Gómez, 199). La leyenda que figuraba en las monedas omitía la palabra rey, utilizando en su lugar “de Alejandro” (anexo fotográfico, imagen 1c); ello sintonizaba perfectamente con su intención de apelar más a su condición de *hegemón* – líder político y militar – de la nueva Liga de Corinto que a su actuación efectiva como monarca (Gómez, 199).

Tras las diferentes conquistas llevadas a cabo, esta representación sufre una transformación donde se intenta asemejar el rostro de Alejandro al de Heracles. Diferentes atributos característicos como son la frente combada, la boca cerrada o la mirada exaltada son utilizados para realzar el lado más divino del general. Esta nueva imagen será la que tomarán como referente los diádocos durante el período helenístico para representar al general (Gómez, 198). Estas monedas no servían únicamente como medio de intercambio económico o de propaganda, sino también para acrecentar el prestigio personal del monarca (Gómez, 199).

### **3.6. La cuestión sucesoria. El entierro del cuerpo de Alejandro.**

El 12 junio de 323 a. C. acontece la muerte de Alejandro. Esta defunción causará la división del imperio entre sus más fieles seguidores, ya que en su lecho de muerte nombró sucesor (Vanoyeke, 12). Arriano, en su *Anábasis de Alejandro Magno*, relata este acontecimiento:

Éste es el relato que se conserva en las Efemérides Reales del rey. [...] Estuvieron de guardia toda la noche en el templo de Serapis para preguntar al dios si era conveniente y

mejor traer a Alejandro al templo de la divinidad y suplicar su curación al dios. Su respuesta [...] había sido que no [...]. Esto es lo que los Compañeros dieron a conocer, y Alejandro poco después murió, pues esto era ya «lo mejor». Después de esto, ni Aristobulo ni Ptolomeo continúan su relato, aunque otros historiadores añaden que los Compañeros le preguntaron a Alejandro a quién dejaba su reino, a lo que él había contestado: «al más capaz». (Arr. *An.* VII, 26)

Arriano continúa diciendo que:

Creo que un hombre así, sin par en el humano linaje, no ha podido nacer sin alguna intervención divina. Aún dicen que algunos presagios vaticinaron la muerte de Alejandro; a algunas personas se les aparecieron visiones, así como a otros ensueños de distintas clases; a esta vinculación con la divinidad apuntaba también la alta estima de que Alejandro gozaba entre los hombres, así como su recuerdo impropio de un mortal (Arr. *An.* VII, 30).

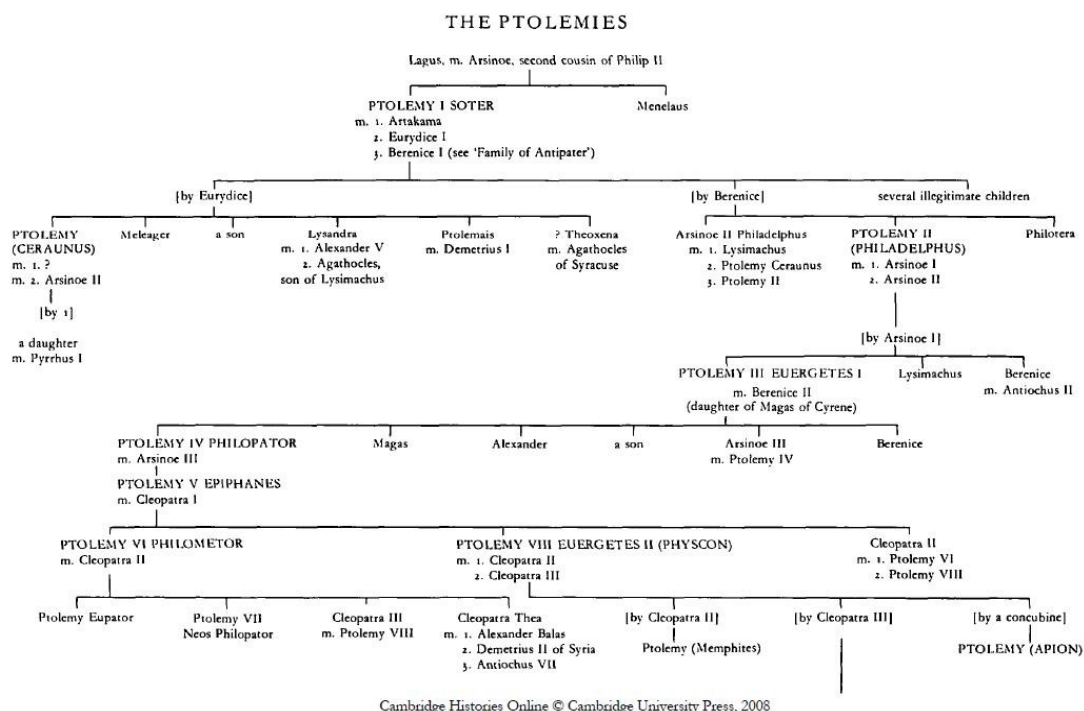
Deja entonces inconclusa una importante cuestión sucesoria, donde su hermanastro Arrideo, enfermo, parecía el más obvio sucesor. Sin embargo, Pérdicas, uno de los generales de Alejandro Magno, logró apartar a Arrideo del trono, pues Roxana, mujer de Alejandro, estaba embarazada y había que esperar para saber si era niño. Pérdicas pretendía de esta manera asegurarse la posibilidad de ser elegido regente y asegurarse el mandato durante un tiempo (Vanoyeke, 18).

Por este motivo Pérdicas decide llamar a los 7 generales, también llamados diádocos o sucesores inmediatos del joven general (Gómez, 317), quienes presentan diferentes opiniones a la hora de tomar una decisión al respecto (Vanoyeke, 19). Parece que llegaron a un consenso, donde cada uno de los diádocos fue destinado a un territorio en concreto mientras se esperaba el nacimiento de Alejandro. La intervención de Ptolomeo en esta reunión resulta en la adquisición por parte de este general de la satrapía de Egipto. Esta enunciación propuesta tenía como objetivo conseguir la satrapía de Egipto pues, a pesar de las dificultades que presentaba el país, éste había aceptado como faraón a Alejandro, hecho que permitía a Ptolomeo continuar con esta idea y tomar inmediatamente el mando. Además, el actual sátrapa, Cleómenes, había realizado un mal uso de su puesto, por lo que Ptolomeo debía realizar un cambio en la administración del país (Vanoyeke, 21). Los generales presentes aceptan esta idea, procediendo a la siguiente repartición: Antípatro – Macedonia, Antígono – Asia menor, Lisímaco – Tracia, Meleagro – Fenicia, Laomedonte – Siria.

Otra disputa acontece cuando se intenta decidir el lugar de enterramiento del cuerpo del joven general. Ptolomeo defiende que el cuerpo de Alejandro se traslade a Egipto, concretamente a Siwah, pues el general consideraba a Amón su padre (Vanoyeke, 22). Ésta era una medida en contra de la tradición, pues la familia real tenía por costumbre enterrar los cuerpos de sus miembros fallecidos en Aegue de Macedonia (Vanoyeke, 22). Finalmente, como observaremos, Ptolomeo desvía el cortejo hasta Egipto, donde enterrará al joven general.

## 4. Los Ptolomeos.

La familia de los Ptolomeos será la encargada, tras la defunción de Alejandro Magno, de gobernar y regir el territorio de Egipto. La presencia de esta dinastía helenística se fechará desde el entierro del joven general hasta la llegada del ejército romano comandado por Octavio, el 30 de julio de 30 a. C.



Árbol genealógico de la dinastía Ptolemaica (imagen de Walbank, *The Cambridge Ancient History*).

### 4.1. Ptolomeo I Soter.

Ptolomeo había nacido de una extraña unión entre un miembro de la familia real, su madre Arsinoe, y un campesino terrateniente llamado Lagos (Vanoyeke, 23). Según se narraba en la versión de los egipcios, éste habría aceptado desposar a Arsinoe y reconocer al niño que llevaba después de que ésta lo hubiera concebido con Filipo, el padre de Alejandro. Este rumor se expandió rápidamente ya que Filipo insistió en proporcionarle a Ptolomeo la mejor educación posible junto a Alejandro. Ambos jóvenes se hicieron tan íntimos que, pasado el tiempo, Ptolomeo se encontró junto a su amigo (o hermanastro) Alejandro en cada combate importante, y por sus éxitos había conseguido el grado de Guardia Real y después el de gran Jinete (Vanoyeke, 24). Ptolomeo era para Alejandro un amigo en quien podía confiar plenamente.

En la *Anábasis de Alejandro Magno* de Arriano (IV 24-25), el autor nos presenta la figura de Ptolomeo remarcando sus dotes como general. En el fragmento dice:

Ptolomeo, hijo de Lago [...]. Las tropas de Ptolomeo se habían alienado en orden de batalla sobre un terreno [...]. Según cuenta Ptolomeo, fueron capturados un total de cuarenta mil hombres y doscientos treinta mil y pico bueyes.

#### **4.1.1. Ptolomeo en Egipto.**

Ptolomeo llegó entonces a Egipto, dispuesto a ejercer como sátrapa. Este lugar presentaba unas condiciones óptimas pues, a pesar del nefasto gobierno llevado a cabo por el sátrapa Cleómenes, tenía la posibilidad de desarrollar una agricultura productiva y, debido a sus buenas conexiones marítimas, de ser un centro de intercambio y comercio.

Sin embargo, el hecho determinante de su llegada al país de los faraones fue la adquisición del cuerpo yacente de Alejandro. Ptolomeo, mediante el enterramiento del joven general en su satrapía, legitimaba su presencia. La tumba de Alejandro Magno se situó en un primer lugar en Menfis, desde donde después el hijo de Ptolomeo lo trasladó a la tumba dedicada en la ciudad de Alejandría, conocida como Sema (Bell, 39). De esta manera Alejandría sería el centro de un doble ritual de culto: el de Alejandro Magno como el fundador de la misma y también el del culto real del joven general realizado por Ptolomeo, hecho que veremos más adelante con mayor detenimiento. Fue una prudente medida, pues tener el cuerpo de Alejandro legitimaba la presencia del propio Ptolomeo en el país (Bingen, 20).

La llegada a Egipto fue, además, acompañada del que es llamado el gran amor de Ptolomeo. A pesar de estar casado con Euridice, contrajo nupcias con Berenice, por quien, según asegura Teócrito en su Idilio 17, sentía un gran amor: “dicen que ninguna mujer ha recibido nunca un amor por parte de su marido como el que Ptolomeo le profesaba, y aún más grande amor recibió éste por su parte”. La fecha exacta del matrimonio no es conocida, pero todo parece indicar que fue nombrada como única reina alrededor del año 316 a. C. (Macurdy, 106).

#### **4.1.2. La procesión y el entierro de Alejandro Magno.**

La llegada del cuerpo yacente del joven general vino seguida de un gran cortejo organizado por el propio Ptolomeo, después de desviar el carro que transportaba sus restos. La grandiosidad que le rodeó hasta el momento de su enterramiento en el país del Nilo muestra claramente la pretensión del ahora sátrapa de Egipto de convertir la figura de Alejandro en un



referente en la propia historia egipcia. Este cortejo funerario es explicado por diversos autores modernos, pero son Vanoyeke y Fraser quienes ofrecen una descripción más detallada.

El consenso común describe que se trataba de un templo jónico situado sobre un carro donde el cuerpo de Alejandro descansaba momificado en un sarcófago dorado. La entrada a este templo estaba custodiada por dos leones dorados, y otros muchos elementos decorativos de exquisito refinamiento adornaban el monumento (Fraser, 216). Diversas recreaciones (anexo fotográfico, imágenes 3a y 3b) se han realizado intentando representar lo más semejante y detallado posible este cortejo y su monumento.

Este cortejo funerario aconteció en la ciudad de Menfis. Por este motivo diversos nativos creían que era más adecuado trasladar el cuerpo a Alejandría, ciudad fundada por el propio general. Este traslado, llevado a cabo bajo el reinado de Ptolomeo II, conllevará la construcción de un lugar que pasará a ser conocido con el nombre de Sema, y que será a partir de este momento la tumba real de toda la dinastía (Vanoyeke, 31). Dada la actitud respetuosa que mostró Alejandro con los egipcios y sus cultos, los nativos aceptaron la decisión de enterrar a su rey en Egipto.

#### **4.1.3. Ptolomeo como sátrapa de Egipto.**

La llegada de Ptolomeo a Egipto vino acompañada, como hemos anticipado, de su reclamo de poder como sátrapa del reino. Debido al mal gobierno que su predecesor Cleómenes de Naucratis había realizado en la región, el recién llegado debía demostrar un respeto a los nativos, como así había estipulado Alejandro cuando dejó el gobierno en manos del anterior sátrapa quien, contrario a estos deseos, había establecido una clara diferencia social entre griegos y egipcios, y más tarde entre éstos y los macedonios (Bell, 47). La buena recepción de este monarca se basó, precisamente, en dar la importancia merecida a la población indígena. Para ello adoptó las culturas egipcias como propias, hecho que continuaron sus sucesores dinásticos. Ptolomeo estaba decidido a devolver a Egipto su esplendor, donde fundó únicamente la ciudad de Ptolemais y situó la sede central en Alexandria, convirtiéndola en su capital. Se aseguró, además, la protección de su reino, dirigiendo su expansión a las costas sirio-palestinas para detener a los seléucidas y hacia el Egeo (Gómez, 370). Devolver la gloria a Egipto supuso la construcción de nuevos espacios dedicados a las artes, área especialmente querida por los griegos y, consecuentemente, por los macedonios. Entre todos ellos, destacan la famosa biblioteca de Alejandría junto al museo de la capital, y la restitución de diferentes templos, así como los de nueva planta como el de Philae.

#### **4.1.3.1. El Mouseion y la biblioteca de Alejandría.**

Debido a la importancia que más tarde tendrán estos edificios en la capital del reino, es menester dedicarles un apartado donde presentar brevemente estas construcciones. A pesar de que estas se completaran durante el reinado de Ptolomeo II, la idea y el inicio de la construcción de los edificios vino de mano de Ptolomeo I.

Ambos edificios se erigieron en el centro de la capital, siguiendo las directrices que Demetrio de Falero, un tirano de Atenas, le indicó a Ptolomeo I (Fraser, 315). Esta decisión era plenamente política, pues tradicionalmente los gobernantes eran considerados patronos de las artes. Ptolomeo, de procedencia macedonia, no podía ser menos, por lo que potenció tanto el culto a las musas a través de su propio museo particular, como el conocimiento de todas las artes mediante la construcción de una biblioteca sin igual. Actualmente no queda ningún resto arqueológico de estas construcciones, únicamente se halla la última reconstrucción de la biblioteca<sup>5</sup>.

#### **4.1.4. Las primeras muestras del culto al gobernador en el Egipto Ptolemaico.**

La disposición inicial de Ptolomeo de gobernar en Egipto como un sátrapa se evidencia en la llamada “Estela de Sátrapa”, fechada en 311 a. C. donde dice: “yo, Ptolomeo, el sátrapa, restauro a Horus, el vengador de sus padres, el señor de Pe y a Buto, la señora de Pe y Tep, el territorio de Patanut, desde este día hasta siempre, con todas sus aldeas, poblados, habitantes, terrenos”. Esta inscripción enfatiza la función de Ptolomeo restaurando el territorio de Egipto, destruido por los persas (Bowman, 22), así como su labor como sátrapa.

Tras su llegada a Egipto, Ptolomeo se presenta como seguidor de Alejandro, por lo que es considerado faraón y es proclamado por los sacerdotes como un dirigente dispuesto a gobernar durante millones de años. Ptolomeo tomó en este momento consciencia de su poder (Vaoyeke, 52), y procedió a escribir la historia de Alejandro Magno, recogida en la *Anábasis* de Arriano, donde defiende su postura como hombre de confianza del joven general y destaca las proezas de su antecesor. Ptolomeo procedió a actuar con una clara intención política, utilizando su obra como argumento para su presencia en el país egipcio (Guzmán, 214); Ptolomeo se presenta aquí como historiador, uniendo su vida a la de Alejandro (Bingen, 23), donde, más que las proezas de Alejandro, enfatiza en sus propios actos, procediendo a lo que es conocido como “autopropaganda de Ptolomeo” (Guzmán, 214). Todo ello pretendía

---

5 Para mayor información respecto a estos dos edificios, consultar Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, vol. 1, concretamente el capítulo 6 “Ptolemaic patronage: the Museion and the Library” de la segunda parte.

realmente exaltar la propia figura de Ptolomeo como sucesor de Alejandro y, por lo tanto, justificaba su toma de poder.

Ptolomeo quería convertir a Alejandro en un dios y encontrar una solución para las diferencias de culto que enfrentaban a veces a griegos y egipcios (Vanoyeke, 39). Para ello se decantó por el establecimiento del culto de Alejandro (Vanoyeke, 37) junto a diferentes reformas religiosas: así se completaba la divinización de Alejandro en Egipto, iniciada tras su nombramiento como faraón y su culto como *ktistes* de Alejandría.

Ptolomeo recurrió a la figura de Alejandro como fundador de la ciudad para decretar una nueva práctica de veneración. Construyó una tumba para Alejandro, estableciendo un culto con sus propios sacerdotes epónimos, así como dedicando unas monedas de oro y bronce que dignificaran al joven general (Hazzard, 45). Procedió a la instauración en la capital de días de fiesta dedicados a rendir tributo a Alejandro, acontecimiento que recibió una buena acogida (Vanoyeke, 40). También ordenó la inminente construcción del ya mencionado Sema y se le dedicó una capilla. De esta manera, Ptolomeo legitimaba su mandato (Chaniotis, 434). La presencia del cuerpo de Alejandro en Alejandría<sup>6</sup> afianzaba esta idea (Vanoyeke, 40).

Parece ser que Ptolomeo hizo erigir en Karnak un santuario en honor de Filipo Arrideo y una estatua que representaba a Alejandro IV, el hijo de Roxana, y le pidió a un escultor que grabara en la capilla de Mut una escena que le representaba en compañía de sus hijos tocando música. Aceptó festejar el aniversario de sus años de gobierno como hacían antaño los faraones, cuyos escribas databan los papiros siguiendo el modelo de años reales que se iniciaba con cada nueva coronación (Bingen, 29). Este formato de datación se evidencia en el papiro P. O.I. 25259 (P. Chic. Haw. 3), que cita: “año 7, segundo mes de la estación akhet, del faraón Alejandro IV, hijo de Alejandro Magno”, haciendo referencia al heredero del último faraón de Egipto, Alejandro Magno.

#### **4.1.5. Ptolomeo se proclama rey en 305 a. C.**

Todo parece indicar que, hasta 306 a. C., los gobernadores continuaba utilizando el título de sátrapas para referirse a su posición (Bell, 40). Ese mismo año Antígono se autodenominó rey alegando su intención de mantener la unión del imperio, y sus contrincantes, Casandro de Macedonia, Seleuco de Siria y Ptolomeo de Egipto, respondieron declarándose como reyes en sus respectivos territorios (Bell, 40). De esta manera iniciaba la existencia d ellas que serán

---

<sup>6</sup> Esto se muestra contrario a los hallazgos de una tumba de Vergina: se baraja la hipótesis de que se trata de la antigua Aegeae, capital de Macedonia, donde se enterraban a los miembros de la familia real. Estas excavaciones en Macedonia hacen pensar que Alejandro estaría allí enterrado finalmente, por lo que se nos presenta otra posible tumba del joven general (Vanoyeke, 40).

las tres principales monarquías del mundo helenístico hasta su caída ante el Imperio Romano (Bell, 40).

Antígono – quien proclamaba ser el único merecedor de ser rey – no poseía más que un espacio de reducidas dimensiones, pero a pesar de ello tomaría el título real (Vanoyeke, 53), Ptolomeo decidió como respuesta ser considerado rey de Egipto, pero, dada la naturaleza del país, decidió seguir los pasos de Alejandro y adoptar el título de faraón (Vanoyeke, 54) pues había en ese título concreto del país una significación más profunda que la noción de rey.

Según la tradición egipcia, los faraones eran considerados la encarnación de la religión del estado, el jefe de la religión nacional (Moretti, 260). Ptolomeo, al asumir este cargo, representaría ahora esta idea, pues el rey era quien oficiaba en los templos y llevaba a cabo las ofrendas dedicadas a los fallecidos (Moretti, 199). El control que ejercía en este culto se desarrollaba siguiendo las leyes y la tradición locales, y ahora debía asegurarse de actuar con justicia y dar ejemplo a sus súbditos (Moretti, 199). Debía, además, asegurar que el clero conservase su propia posición, así como ser siempre victoriosos y derrotar a los tradicionales enemigos asiáticos de Egipto. Los Ptolomeos recibieron los títulos tradicionales, incluyen los títulos honoríficos de procedencia griega (Moretti, 199).

Los demás dirigentes no podían ser menos. De modo que Casandro, Lisímaco y Seleuco adoptaron el título de rey.

Ptolomeo, ahora rey de Egipto, era faraón a la vez que un dios para sus súbditos egipcios. Tras ello, y para afianzar su posición, siguió dos estrategias: la primera continuar con el modelo alejandrino, y la segunda el esfuerzo de crear el mayor santuario griego en la reorganización del mundo – el Sema (Bingen, 30). Sin embargo, esta adopción oficial del título fue un mero acto, pues verdaderamente había actuado como rey durante todo su gobierno en el país (Bevan, 32).

Los ciudadanos egipcios aceptaron esta proclamación pues se consideraba una necesidad tener un intermediario, como se entendía la figura del faraón, entre los dioses y la humanidad (Bingen, 29). Debido a la imposibilidad de acudir a todos los lugares donde se llevaban a cabo estos rituales de conexión y, especialmente, de adoración de parte de los faraones a los dioses, se realizaban diferentes inscripciones de imágenes de los faraones en los templos. Siguiendo el modelo de Alejandro Magno, mencionado con anterioridad, Ptolomeo se representó como faraón y se fecharon los años siguiendo el sistema de datación real, ahora según su reinado (Thompson, 113). Festivales religiosos, la inauguración de un templo, la instalación de un

toro sagrado son ejemplos de diferentes tipos de celebración en la vida egipcia, y la participación de Ptolomeo I en estos eventos ayudó a reforzar su presencia como faraón (Thompson, 113). En este papiro de marzo-abril de 292 a. C. se hace mención a Ptolomeo como faraón y, por lo tanto, jefe supremo de Egipto: “año 13, primer mes de la estación peret, del faraón Ptolomeo.”

Una vez declarado oficialmente heredero de Alejandro, se inicia la dinastía Ptolemaica.

Ptolomeo Soter a los casi 80 años cedió su trono a su hijo menor, Ptolomeo (de 25 años, hijo de Berenice) en 285 a. C. De esta manera se aseguraba la estabilidad de la familia real en el poder al asociar al hijo y heredero en el reino antes su propia muerte, garantizando el mandato de toda la dinastía (Bowman, 23).

#### **4.1.6. El uso del epíteto de Soter.**

Uno de los puntos más interesantes de la divinización de los Ptolomeos es el origen de sus apellidos oficiales con el que eran especialmente identificados como dioses (Bevan, 131). El uso de estos epítetos reales empezó con Ptolomeo I, quien fue conocido como Soter, o Salvador. Según describe el poeta Posidipo, una estatua de Zeus Soter se situaba en lo alto del faro de Alejandría, a modo de recordatorio de este calificativo (Thompson, 114). El papiro P.Petr. 3 27 hace referencia a un “rey Ptolomeo”, hecho que evidencia la adopción más tardía de estos términos distintivos. Reyes posteriores, junto a sus reinas, adoptaron epítetos similares. Estos epítetos ciertamente conllevaban connotaciones divinas para sus portadores, aunque no significaban un estatus divino completo (Thompson, 114).

El primer caso del uso de epítetos proviene, como hemos introducido, del primer monarca de la dinastía Ptolemaica, Ptolomeo I. El propio Ptolomeo, su obra dedicada a Alejandro Magno, defendía que había obtenido este epíteto por haber salvado al propio Alejandro: Plutarco refiere que el propio Alejandro dijo: “pero si Ptolomeo no me hubiera cubierto con su escudo, [...] aquella aldea bárbara y sin nombre sería necesariamente la tumba de Alejandro” (Plutarco, *Moralia*, libro V, “Sobre la fortuna o virtud de Alejandro”, 2). Éste no parece ser el verdadero motivo y se aboga porque en 304 a. C., tras la liberación de los de los rodios del asedio de Demetrio, hijo de Antígono, por parte de Ptolomeo, los habitantes le atribuyeron el epíteto de Soter (salvador) dedicándole a continuación un culto llevado a cabo en un templo conocido como Ptolomeon dentro de la ciudad (Moretti, 257).

Hazzard argumenta que el uso del epíteto Soter para referirse al primer Ptolomeo vino dado de la mano de su hijo, según muestra el primer texto encontrado que presenta el término

Soter, datado en el año 262 a. C. (Hazzard, 4). Profundizaremos en el tema en el apartado correspondiente, bajo los acontecimientos y reformas religiosas realizadas por Ptolomeo II.

#### **4.1.7. Representaciones póstumas de Alejandro y del propio Ptolomeo.**

La imagen de Alejandro Magno será la figura clave en las monedas emitidas por sus sucesores, que representan al general como “su antecesor político y como su divinidad protectora” (Gómez, 200). Las monedas acuñadas por los Ptolomeos en Egipto añaden a los cuernos de Zeus Amón un yelmo compuesto por una piel de elefante (anexo fotográfico, imágenes 5a y 5b) (Gómez, 200). Estas monedas contienen un mensaje claro que evidencia la intención tanto política como ideológicas, pues al introducir en el reverso de la moneda a Atenea en vez de la usual figura de Zeus entronizado que se presentaba hasta el momento (Gómez, 200) se defiende la ciudad de Alejandría tanto como heredera de Alejandro como sucesora de Atenas en el ámbito cultural. Esta medida pretendía atraer artistas e intelectuales griegos (Gómez, 200).

El retrato de Alejandro fue sustituido paulatinamente por el de los nuevos gobernadores (Gómez, 200). Estos procedieron a la adaptación de su imagen siguiendo el modelo ya establecido por el propio general (Gómez, 200). Sin embargo, esta nueva práctica no significa que la imagen de Alejandro deje de ser utilizada. En ejemplos más tardíos, como son los de Ptolomeo II o Ptolomeo III, vemos cómo algunos ejemplos de las diferentes series de monedas siguen presentando a Alejandro. La utilización reiterada de este modelo proviene de la continua intención de asociar la figura del gobernador helenístico con la del monarca macedonio. Mediante este modo de acción pretendían remarcar su propia legitimidad como digno sucesor del primer monarca helenístico en Egipto, Alejandro Magno. La imagen más común de Alejandro será la que se le representa como Heracles, con la piel de león sobre su cabeza (Gómez, 200). Ptolomeo, como rey de Egipto, utiliza el retrato de Alejandro para su propio beneficio (Guzmán, 214).

Todo esto evidencia la idealización de la figura de Alejandro, idea que los sucesores trataron de evidenciar en sus propios retratos al representar “[su] imagen del gobernante como joven héroe favorecido por los dioses e hijo predilecto de la fortuna” (Gómez, 201). También hay muestras de sucesores que intentaron adaptar su propia imagen a la del joven general (Gómez, 201).

Respecto a las representaciones del propio Ptolomeo I, la principal fuente de representación viene de parte de las monedas. En sus inicios como sátrapa, Ptolomeo se

representó a sí mismo ejerciendo tal puesto, bien como subordinado de Filipo Arrideo o de Alejandro IV, hijo del joven general (Turner, 128). En su serie de Alejandro, retrató a éste en tetradracmas de plata vistiendo el cuerno de Amón, la aegis de Zeus y la piel de elefante. La representación de la figura de Zeus remite al mito que situaba a Zeus como salvador de Ptolomeo en su nacimiento (Hazzard, 8). Las primeras monedas realizadas a partir de 312-311 a. C. muestran en el anverso la imagen de Alejandro Magno con una piel de elefante cubriéndole la cabeza, y en el reverso se presenta a Zeus en el trono con la leyenda “Alexandrou” (Turner, 128). El siguiente cambio en las monedas dedicadas a Alejandro (Kroll, 116), los tetradracmas de plata, consiste en la imagen de Atenea Alcidemus con la leyenda “Alexandreion Ptolemaiou” - Alejandro, de Ptolomeo (Turner, 128).

Tras recibir el título real en 305 a. C., Ptolomeo I representa a Alejandro con un rayo en un carruaje de elefante, y en el anverso aparece la cabeza del propio Ptolomeo, siendo éste el primer retrato de un rey griego vivo, y que pronto reemplazaría la imagen de Alejandro en las monedas de plata (Kroll, 116). En esta serie el rey se representa con la aegis de Zeus, como en su momento se retrató al propio Alejandro, que servía para enfatizar la unión con Zeus, y el epíteto “Soter” (Kroll, 116). En las monedas de metales preciosos el águila de Zeus salía representada en el reverso, y la cabeza del dios y su águila se representaba en las de bronce en ese mismo lado (Kroll, 116). En el anverso, siempre retratado salía el busto del monarca (anexo fotográfico, imagen 7a). También se muestran algunas monedas del propio monarca, con la imagen de Ptolomeo I al estilo griego en el anverso y la recurrida águila con el rayo junto a la inscripción “BASILEWS” en el reverso (ver anexo fotográfico, imagen 6).

Contrariamente a las representaciones de las monedas donde los monarcas salen retratados al estilo griego o helenístico, en el ámbito monumental se nos presenta predominantemente un estilo completamente egipcio, como es el caso del retrato de Ptolomeo I que se encuentra en el Museo Británico de Londres (anexo fotográfico, imagen 9a). En él se contempla a Ptolomeo representado como un auténtico faraón<sup>7</sup>. Únicamente se conserva el busto, probablemente debido a la práctica de realizar, por motivos de culto, la parte superior en mármol, pero la inferior en materiales preciosos, ocasionando la pérdida de esta última (Ashton, 8). Los primeros gobernadores Ptolemaicos siguieron el estilo de la 30a dinastía, probablemente en un claro deseo de promocionar tanto su lado helenístico – mostrado mayoritariamente con las monedas – como el recién adoptado rasgo faraónico. Decidieron, por lo tanto, retratarse

---

7 Para más información respecto a los diferentes estilos que se utilizaron para representar a los monarcas de la dinastía Ptolemaica, véase la obra de Ashton, *Ptolemaic Royal Sculpture from Egypt*.

siguiendo las dos tradiciones artísticas, para así llamar a las dos culturas que convivían en el mismo espacio y a las que, a partir de este momento, los Ptolomeos pertenecían.

#### **4.1.8. Primera divinización de Ptolomeo I.**

El culto cívico al gobernador aunaba los intereses de las ciudades y las intenciones de los monarcas. Diferentes inscripciones sugieren que el culto real era un instrumento utilizado por la ciudad para establecer una relación cercana con el monarca, y así expresar directamente tanto su gratitud por el pasado como sus expectativas respecto a futuras donaciones. Diferentes decretos explican que este culto no es un reconocimiento de lo sobrehumano, o de aquellos logros considerados divinos, sino un reconocimiento de servicios pasados. Esta idea se ve claramente reflejada en el decreto de la Liga de los Isleños, siendo estos habitantes los primeros en ofrecer a Ptolomeo I Soter estos honores (Chaniotis, 440). De forma similar, estos reyes y reinas respondían a estos honores prometiendo considerar los intereses de las ciudades. Las poleis aceptaban representar la imagen de lo inferior, de las débiles y necesitadas, construyendo en cambio para el monarca una imagen de supremacía y poder ilimitado; era “un comportamiento teatral”. De esta manera, obligaban al rey a vivir con esta imagen divinizada y se aseguraban su protección (Chaniotis, 440).

#### **4.2. Ptolomeo II Filadelfo.**

La ascensión de Ptolomeo II al trono acontecida en el año 282 a. C., tras la muerte de su padre, viene acompañada de tres importantes actos de propaganda: dedicó tanto juegos funerales como sacrificios en honor de su padre tras el fallecimiento de éste para demostrar piedad y ganar, así, el respeto de la población; a partir del año 285 a. C. renombró la manera de fechar para enfatizar su ascensión al trono ese mismo año como co-regente junto a su padre Ptolomeo I (Hazard, 3); y finalmente unió a sus padres bajo el nombre Theoi Soteres – dioses benefactores – en un esfuerzo para desacreditar a Eurídice, la primera esposa de Ptolomeo I, y justificar el ascenso del propio Ptolomeo II, hijo de Berenice, al trono (Hazard, 15).

Ptolomeo II se representa como una figura contraria a la de su padre, resaltando su temperamento más dócil y su profundo interés por el arte y, en general, el placer (Bell, 62). A pesar de esta imagen, diferentes fuentes papirológicas han evidenciado que el gobernador también tenía dotes administrativas (Bell, 63). Se presentan por lo tanto dos imágenes de Ptolomeo II que, a pesar de ser diferentes, son compatibles. La primera de ellas proviene de las fuentes literarias y le describe como un generoso patrón de las artes y un benefactor de



aquellos que entraban a su servicio. Esta perspectiva seguramente fue el resultado de los propios apologistas del rey, quienes trataban de dar una buena imagen a su monarca (Hazard, 37). La segunda visión del monarca proviene de las fuentes documentales, donde se le define como un gobernador que continuamente mandaba órdenes y realizaba inspecciones (Hazard, 38).

En la década de 270s a. C. (Turner, 138) Ptolomeo II Filadelfo realizó un matrimonio incestuoso con su hermana Arsínoe (Hazard, 39), hecho que marcaría el reinado del monarca. La fecha exacta se sitúa antes de 274 a. C. e, incluso, puede que aconteciera tan temprano como el año 279 a. C. (Turner, 138). Todo parece indicar que Arsínoe II, llamada así para diferenciarla de la primera esposa del monarca que llevaba el mismo nombre, fue quien impulsó este matrimonio y se discuten los diferentes motivos que tuvo el monarca para aceptar éste, aunque todo parece indicar que las tierras que heredó Arsínoe por parte de su anciano marido Lisímaco, rey de Tracia, constituían un factor decisivo (Macurdy, 112-118). Filadelfo confió en ella y le dio un puesto social en los asuntos del reino (Hazard, 39). Ptolomeo y su hermana viajaron juntos, se convirtieron en divinidades juntos y aparecieron juntos en monedas de oro (Hazard, 39). Esta práctica no fue bien recibida por la comunidad griega, aunque sí por la egipcia (Ager, 39) ya que estaban acostumbrados a la realización de matrimonios entre miembros de una misma familia, pues ésta fue una práctica que se llevó a cabo en ciertas ocasiones durante la dinastía faraónica del Imperio Medio y Nuevo (Turner, 137), por lo que fue necesario recurrir a la propaganda artística por parte de los poetas para conseguir la aceptación del pueblo (Bell, 63). El poeta Teócrito en una de sus composiciones los asemeja a los dioses Zeus y Hera. Asimismo, Teócrito los defendió argumentando que los dioses griegos, Zeus y Hera (Teocr. *Idilio XVII*) –o incluso Heracles y Hebe, quienes también habían incurrido en un matrimonio incestuoso. A partir de este momento contraer matrimonio entre hermanos se convertirá en una práctica común en la dinastía Ptolemaica, demostrando así una preocupación por la consolidación de la dinastía y, especialmente, por el control del poder (Walbank, 67).

A pesar de su breve reinado, especialmente en comparación con las futuras reinas de la dinastía, pues estuvo casada con el faraón aproximadamente cinco años (Macurdy, 117), todo parece indicar que Arsínoe heredó de su padre el don de mando, tanto de fortaleza como de inteligencia (Macurdy, 119). Por este motivo se puede entender el deseo de su hermano de divinizarla (Turner, 136), incluso aún en vida, como veremos más adelante.

Otra de las características principales del reinado de Ptolomeo II, junto al del matrimonio con su hermana, es la institución por parte de éste de las primeras divinizaciones de la dinastía Ptolemaica, que trataremos con más detenimiento a continuación.

#### **4.2.1. Divinizaciones de la época de Filadelfo.**

Las divinizaciones llevadas a cabo por el segundo de los Ptolomeos serán las que marcarán el precedente para las futuras acciones de los subsiguientes monarcas. Tras instaurar honores a su padre Ptolomeo I y a su hermana y mujer Arsínoe, Ptolomeo II Filadelfo establece las bases del que será el culto dinástico de la familia de Ptolomeo.

##### **4.2.1.1. Divinización de Ptolomeo I.**

Ptolomeo murió con cerca de ochenta y cinco años y, tras su fallecimiento en 282 a. C., se iniciaron las primeras medidas para instaurar un culto oficial a su persona, decretando en primer lugar que sería tratado como un dios y recibiría honores cada cuatro años.

Tras el nombramiento como reyes de los sucesores de Alejandro, esta práctica se convirtió en una larga tradición. Todos ellos fueron honrados con cultos en las ciudades, bien apoyadas por o subordinadas a sus tropas. Asimismo, recibieron también el tradicional culto como fundadores de las ciudades que, más bien, habían refundado. Estas prácticas de culto eran introducidas bien por la ciudad o por la administración real. En el primer caso, se trata de una adoración al rey o reina que gobernaba en ese momento. Respecto al segundo, tenemos que distinguir dos tipos: el establecimiento por parte del rey de un culto dedicado a un miembro de la familia ya fallecido, práctica realizada a principios del período Helenístico, y la introducción más tardía por el propio monarca de un culto de sí mismo (Chaniotis, 436). La práctica llevada a cabo por el reino Ptolemaico sigue, por lo tanto, la línea de la divinización de un gobernante fallecido por parte de la administración real.

Los festivales en honor de los reyes y reinas recibían el nombre de la persona que pretendían honrar. Cuando el culto se establecía durante la vida del gobernador o de un miembro de la familia, los rituales solían acontecer en su cumpleaños. Como en las adoraciones a los dioses, diferentes sacrificios se llevaban a cabo, incluso de manera mensual. Cuando el culto se introducía después de la defunción de la persona, este festival se realizaba en aniversarios de ocasiones importantes para el honorado, como son el aniversario de su muerte, o el de su nacimiento (Chaniotis, 438). Siguiendo estas ideas, nació la Ptolemaia, que significaría la institución de un culto público de Soter (Fraser, 228). Este festival consiste en una procesión celebrada cada cuatro años aproximadamente (Bevan, 127) e instituida por

Ptolomeo II Filadelfo en honor de su padre (Bowman, 24) que pretendía asemejarse a aquellas celebradas durante los juegos olímpicos (Bowman, 25).

El festival se iniciaba con una procesión en la que todos los ciudadanos estaban invitados, vistiendo sus mejores galas. Enfatizando la relación de la familia real con los dioses, esta procesión Ptolemaica demostraba la supremacía política y militar del rey en su avance por las calles de Alejandría. Los festivales cívicos dedicados a los reyes ofrecían una oportunidad adicional a las organizaciones de atletas y concursos musicales que, en bastantes ocasiones, sobrevivían a la defunción del rey que los había instituido (Chaniotis, 434).

Parece ser que, siguiendo este modelo de los juegos olímpicos, *theoroi* – o atletas – eran enviados por diversas ciudades griegas para competir en Egipto (Bevan, 127). Es bastante probable que la primera institución del festival aconteciese en junio o julio de 278 a. C., en el cuarto aniversario de la muerte del primer Ptolomeo (Bevan, 127). Calixeno de Rodas ofrece una detallada descripción de una procesión en Alejandría que se refiere, seguramente, a la segunda celebración de este festival en 274 a. C., cuando la divinizada Berenice fue asociada con su marido (Bevan, 127). El Papiro Halensis (P. Hal. 1) nos ofrece el nombre de otro festival llamado Basileia y celebrado en Alejandría donde se llevaban a cabo estos este tipo de juegos, que posiblemente conmemoraría la asimilación por parte de Ptolomeo del título de rey (Bevan, 128). Un tercer festival desarrollado en Alejandría se menciona en este papiro, y varias conjeturas apuntan a que se trataba de un festival en honor a Alejandro, el fundador de la ciudad (Bevan, 128). Todo esto evidencia la continuación de prácticas greco-macedónicas en la corte.

Ptolomeo hijo procedió a la divinización de sus padres mediante el culto de los *Theoi Soteres*, donde incluía a Ptolomeo I y su segunda mujer, Berenice (Moretti, 258). La declaración por parte de Ptolomeo II de divinizar a su padre tras el fallecimiento de este en el año 283 a. C. se dispuso también a su viuda en el año 279 a. C., uniendo a estos dos miembros bajo un mismo culto, el de los “dioses salvadores” (Chaniotis, 434). Esta divinización de sus padres fue uno de los primeros actos llevados a cabo por Ptolomeo II, erigiendo templos para su culto. Agrupados bajo este término, esto significó por primera vez la institución de un culto a los progenitores, quienes son ahora considerados dioses (Bevan, 127).

Otros reyes honoraron a sus padres durante el mismo periodo, pero ninguno hizo un esfuerzo tan grande como Ptolomeo II. El establecimiento de este culto tuvo una duración aproximada de 20 años debido, primordialmente, a la falta de algún precedente que le guiara a

la hora de desarrollarlo. Seguramente tomó a su propio padre como ejemplo, pues el anterior rey mostró una predisposición similar respecto a Alejandro Magno entre 323 y 305 a. C., cuando, como sátrapa, Soter realizó juegos funerales y sacrificios en honor de este previo soberano.

#### **4.2.1.2. Divinización de Arsínoe.**

Otra de las divinizaciones de esta dinastía que más importancia tiene es la de Arsínoe II, la hermana y mujer de Ptolomeo II. Este hecho aconteció antes de su fallecimiento (Moretti, 259).

La divinización de Arsínoe fue llevada a cabo antes de su muerte, siendo entonces la primera divinización oficial de soberanos en vida (Moretti, 259). El fallecimiento de la reina se fecha en el mes de julio del año 269 a. C. y hay evidencia que sitúa el establecimiento del culto en los años inmediatamente anteriores, con un papiro en concreto que hace referencia a este hecho con fecha junio del año 270 a. C. (Bevan, 129).

Este hecho se evidencia en dos papiros concretos. El primero, el papiro P.Petr. 3 56, no hace ninguna alusión al culto de los *Theoi Adelphoi*, pero sí que hace mención a Arsínoe Filadelfo. El segundo, el papiro P.Petr. 3 52 datado del año 264/3 a. C., hace referencia tanto a Alejandro como a “*thewn adelphwn*”

Tras su muerte, y para honrar su memoria, Filadelfo – como se conocerá a partir de este momento a Ptolomeo II – identificó a Afrodita con su hermana, estableciendo así un culto oficial aparte del dinástico establecido con Alejandro y Ptolomeo I (Moretti, 259). El culto de Arsínoe fue llevado a cabo por sacerdotes *canephoros* (Fraser, 217), en un templo de esta diosa. Este modo de veneración fue establecido por una orden directa del rey que la situaba como una deidad asociada (*synnaos*).

Se trataba de una práctica que situaba en un templo egipcio del territorio (Bevan, 129) una estatua de la persona a la que se le dedica junto a otra de la divinidad, normalmente la principal del recinto en cuestión (Thompson, 114). En el Egipto Ptolemaico parece ser que únicamente los miembros de la realeza fallecidos recibieron el culto como *synnaoi* (Chaniotis, 437). Este culto ha sido evidenciado en jeroglíficos de Mendes, Tebas, Sais, Memfis, Hermonthis y el Fayum (Bevan, 128-131). Esta innovación resultó ser un gran éxito y fue imitada por los siguientes reyes y, particularmente, reinas, haciendo de este procedimiento una tradición dentro de la dinastía Ptolemaica (Moretti, 259).

La posibilidad de instituir este nuevo culto nos viene explicada por Moretti (Moretti, 259), quien defiende que este hecho fue introducido en la considerada edad de oro del Egipto Ptolemaico en un momento de excepcional poder político y militar de la dinastía. Todo esto, indica el autor, propiciaba que pudiera llevarse a cabo este nuevo método de adoración o culto que, sin embargo, no se instauró como nuevo, sino que se añadió a uno preexistente: las estatuas tanto de Arsínoe como de Ptolomeo II se colocaron en el templo de Alejandro y compartieron sacerdotes con éste (Moretti, 259).

#### **4.2.2. Institución del culto dinástico.**

En el año 272 a. C. el culto de los *Theoi Adelphoi* del soberano y su reina, es decir, de Ptolomeo II y Arsínoe II, fue añadido al de Alejandro, como serían añadidos en el futuro el de los sucesivos reyes y reinas (Thompson, 114). Este acontecimiento tan singular sucedió en vida de los monarcas. El hecho de que los *Theoi Soteres* tuvieran un culto aparte y fueran incluidos en esta tradición más tardíamente genera varias hipótesis, pero la más probable es que el cuerpo de Alejandro estuviera alojado en Menfis, y fuera únicamente trasladado a Alejandría durante el reinado de Ptolomeo II, instituyendo así oficialmente su culto. El papiro P.Cair. Zen. 1 59133 muestra evidencia del establecimiento de estos cultos: fechado en el año 256 a. C., se refiere al primer monarca de la dinastía como “Ptolomeo Soteros” e incluye referencias tanto al culto de Alejandro como a Arsínoe Filadelfo, con mención a su sacerdotisa canéfora y al culto de los *Theoi Adelphoi*.

Bajo el reinado de Ptolomeo IV este culto ya había adoptado un valor dinástico que se llevaba a cabo en un lugar en concreto de Alejandría: el Sema, donde descansaban los restos de Alejandro Magno y de los anteriores Ptolomeos (Thompson, 114). De esta manera, este culto en Alejandría fue transformado en un culto a nivel estatal. Las referencias a los sacerdotes epónimos en la fórmula de datación de documentos cumplimentó una importante función simbólica, enfatizando tanto la continuación dinástica como la naturaleza divina de la monarquía, es decir, afirmaba la divinidad de la familia real. Por eso el texto de la piedra Rosetta, erigida bajo el gobierno de Ptolomeo V, dice: “durante el sacerdocio de Aetos, hijo de Aetos, sacerdote de Alejandro y de los *Theoi Soteres* y de los *Theoi Adelphoi* y de los *Theoi Euergetai* y de los *Theoi Philopatores* y del Manifiesto del dios benéfico” (Chaniotis, 437). Además de este culto, los Ptolomeos fueron asimismo adorados como *synnaoi theoi* (Chaniotis, 437).

En este primer período se divinizaron varios miembros de la casa real tras su fallecimiento (Moretti, 259), pero ninguno de estos soberano procedió a la institución en vida de un culto independiente para su propia figura (Moretti, 260).

#### **4.2.3. El establecimiento de epítetos reales.**

Hazzard argumenta que la utilización de epítetos reales proviene principalmente de la necesidad de distinguir a los diferentes Ptolomeos. Tras nombrar Ptolomeo II a su hijo, Ptolomeo III, co-regente, siguiendo el ejemplo de su predecesor, se encontró con el hecho que los tres monarcas tenían el mismo nombre - Ptolomeo I, Ptolomeo II y Ptolomeo el hijo - surgiendo así un problema de distinción. El rey en el año 23 de su reinado decidió describir a su padre como Soter para así distinguirse de él (Hazzard, 17). Diferentes papiros demuestran esta concepción. El papiro P.Petr. 3 56, fechado de la época de Ptolomeo II y, como se extrae del texto, posiblemente de la coregencia realizada junto a su hijo Ptolomeo III, describe un juramento realizado en nombre de los tres Ptolomeos, y cita “reinando Ptolomeo [hijo] de Ptolomeo y su hijo Ptolomeo”, hecho que evidencia la necesidad defendida por Hazzard de introducir epítetos o títulos que les distinguieran. Asimismo, en el papiro P.Cair. Zen. 1 59133, también del reinado de Ptolomeo II, ya vemos la introducción del término Soter, “reinando Ptolomeo [hijo] de Ptolomeo Soter”.

Otro motivo de la utilización de este epíteto era la intención por parte de Ptolomeo de enfatizar su piedad respecto a su padre. Ptolomeo I se presentó como el vencedor de la libertad griega, y su hijo se presenta ahora como el heredero de esto. Ptolomeo II nombró a su padre Soter en 263-259 a. C. y, usando su patronaje de las artes, clamó a través de Kleitarchos de Alejandría que Ptolomeo Soter se ganó su epíteto cuando salvó a Alejandro de los Oxydrakai. Kleitarchos coloreó el suceso (Hazzard, 17). El papiro mencionado en el párrafo anterior, el papiro P.Cair. Zen. 1 59133, contiene ya este término.

Diferentes monedas también muestran de la introducción del término Ptolemaios Soter, incluyendo alguna de ellas los años reales en el reverso (Hazzard, 5). Estas monedas evidencian que, durante los primeros 22 años de reinado, Ptolomeo II difundió dracmas y tetradracmas de plata, y pentadracmas de oro que representaban el retrato de su padre en el anverso y la leyenda “PTOLEMAIOU BAZILEWS” en el reverso. En esta serie Ptolomeo II glorificó a su padre, así como su predecesor hizo antes de 300 a. C. a Alejandro Magno. Al inicio del año 25 de reinado, o en 261/0 a. C., los encargados de hacer estas monedas en Ake-Ptolemais, Sidon, Joppa y Tyre introdujeron dracmas de plata con una nueva leyenda,

“PTOLEMAIOU SWTEROS”, que continuaron usando hasta el fin del reinado en 246 a. C. Estos tetradracmas son los primeros documentos datados que presentaban la frase “Ptolemaios Soter” (Hazard, 8). Tras la divinización de su madre Berenice, agrupó bajo el término de *Theoi Soteres* a Ptolomeo I y a su esposa Berenice (Walbank, 81).

Arsínoe II recibió el epíteto de Filadelfo, “amante de su hermano”. El papiro P.Cair. Zen. 1 59133 mencionado con anterioridad hace alusión a Arsínoe como “Arsínoe Filadelfo”. La elección de este término tiene un significado moral positivo, fraternal o lleno de amor de hermanos, por lo que ayudó a suavizar la naturaleza incestuosa de la relación y a enfatizar el mandato entre hermano y hermana (Fraser, 217). El epíteto estaba en principio reservado para su hermana y esposa, por lo que no fue hasta el fallecimiento de Arsínoe cuando Ptolomeo pudo usar este epíteto para referirse a sí mismo (Turner, 136). Se produjo entonces la asociación de Ptolomeo al culto de su hermana, tomando el título común de *Theoi Adelphoi*, o “dioses fraternos” (Bell, 63).

Estos nombres de culto griegos – Soter, Evergetes, Philadelphos, Philopator, Philometor, Epiphanes, Eucharistos – sonaban griegos para los griegos, pero, a su vez, incluían títulos egipcios y permitían a la población nativa reconocer en ellos su faraón, por lo que, en general, la población nativa aceptaba el culto al gobernador (Chaniotis, 437).

#### **4.2.4. Representaciones Ptolemaicas de la época de Filadelfo.**

Tras la declaración por parte de Ptolomeo II del culto de los *Theoi Adelphoi*, el segundo Ptolomeo aparece sólo en una moneda, la llamada moneda de oro “Theon Adelphon”, donde se representaba a sí mismo, representado con diadema y vistiendo el clámide griego, junto a su esposa y hermana en un lado de la moneda, enfatizando la unión marital, y a sus padres en el otro (anexo fotográfico, imagen 7a), enfatizando la labor dinástica y religiosa (Kroll, 117). El resto de monedas de la época están dedicadas a su predecesor (anexo fotográfico, imagen 7b) o a Arsínoe (anexo fotográfico, imagen 7c), como venerada.

El bajorrelieve de la capilla de Tanis (anexo fotográfico, imagen 9b) muestra Ptolomeo II Filadelfo situado en frente de su mujer y hermana Arsínoe II, representados estos dos divinizados. Él viste la tradicional corona doble roja y blanca que representa el Alto y Bajo Egipto, y lleva en su mano un cetro en su mano derecha. Arsínoe viste la corona roja con las plumas de Isis, los cuernos de vaca de Hathor alrededor del disco solar y los cuernos de carnero de Amón con el uraeus; en sus manos lleva un cetro papiroforme y la ankh, símbolo de la vida.

Algunos de estos retratos híbridos llevados a cabo por los Ptolomeos mezclan rasgos característicos de la tradición faraónica junto a otros de naturaleza más griega, como son los rizos que aluden al peinado de Alejandro y que salen de la diadema, bajo el sombrero egipcio. Este tipo de retrato contiene nemes y uraeus, y la típica cornucopia que acompañaba las representaciones de estilo egipcio de las reinas Ptolemaicas (Ma, 189). Para los egipcios, estas imágenes podrían haber actuado como un recordatorio de los orígenes extranjeros y de las tradiciones del rey (Ma, 189). A su vez, presentan un mensaje a la audiencia griega enfatizando “lo griego” del rey que gobierna en Egipto (Ma, 190).

#### **4.3. La institucionalización del culto dinástico por parte de los sucesores Ptolemaicos.**

Con la subida al trono de los siguientes Ptolomeos se terminó de perfilar el culto dinástico, estableciéndose éste como práctica oficial en todo el reino. Como hemos indicado, este culto apareció paulatinamente, principalmente para reforzar el poder de la casa que gobernaba y/o intentar proveer una forma específica de culto religioso para la casa real (Walbank, 96). Este fenómeno se inicia con el culto de Alejandro, de ámbito nacional con sacerdotes epónimos que le diferenciaba de aquel establecido tras su defunción y que le situaba como fundador de la ciudad de Alejandría. A este nuevo culto se unió el de Ptolomeo I tras su defunción, que, tras la inclusión de su esposa Berenice, fue conocido como el de los *Theoi Soteres*, seguido de Ptolomeo II junto a su hermana Arsínoe en 272 a. C., introduciéndose así el culto a los monarcas en vida (Walbank, 97). Subsiguientemente nuevos pares de gobernadores, junto a sus reinas, fueron añadidos a este culto real, estableciéndose oficialmente un culto dinástico que prevaleció hasta el fin de la misma, tras el fallecimiento de Cleopatra VII y el ascenso de Augusto como emperador.

##### **4.3.1. Ptolomeo III Evergetes.**

En 267 a. C., y siguiendo el modo de actuar de su predecesor, Ptolomeo II decidió nombrar a su hijo más joven como legítimo heredero (Hazard, 40). Esta coregencia viene señalada en tanto en el papiro P.Petr. 3 56 como en el papiro P.Petr. 3 52, que inicia con “reinando Ptolomeo [hijo] de Ptolomeo y su hijo Ptolomeo”. En 246 a. C., Ptolomeo III subió al trono y se llamó a sí mismo el hijo de Ptolomeo y Arsínoe (Hazard, 40). A pesar de que Ptolomeo II inició cultos a su padre, madre, hermanas e incluso amante, Ptolomeo III no instauró ninguno para su predecesor (Hazard, 40).

El culto estatal acontecido en Alejandría sufriría más cambios en el futuro (Bevan, 207). En su quinto año de reinado (243 a. C.), Evergetes añadió su nombre y el de su mujer



Berenice II al título de sacerdotes de Alejandro y de los *Theoi Adelphoi* (Koenen, 52-53) bajo el nombre de *Theoi Euergetai* (Bevan, 208). El reinado de Euergetes demuestra, por lo tanto, la inclusión del aún vivo soberano en el culto dinástico (Fraser, 219). Un documento oficial de los años 240-239 dice: "En el reino de Ptolomeo, hijo de Ptolomeo y Arsínoe, *Theoi Adelphoi*, en el año 8, Onomastus hijo de Pyrgon siendo el sacerdote de Alejandro y de los *Theoi Adelphoi* y de los *Theoi Euergetai*, Arcestrate hija de Ctesides siendo la caneforos de Arsínoe Filadelfo".

#### **4.3.2. Ptolomeo IV Filopátor.**

Filopátor, como se conocía a Ptolomeo IV ya desde niño, recibió veneración por parte de los egipcios desde muy temprana edad (Koenen, 54). Tras su matrimonio con Arsinoe III, los sacerdotes tebanos fueron llamados "sacerdotes de Amón, los dioses Adelphoi, los dioses Euergetai y de los dioses Philopatores". Presumiblemente, tras su boda acontecida en el año 220 a. C., la pareja añadió sus nombres al culto de los dioses egipcios (Koenen, 66). El cuarto de los Ptolomeos será el encargado de establecer finalmente el culto dinástico, tras la inclusión oficial del primer monarca de la dinastía Ptolomeo I, junto a su esposa bajo el término *Theoi Soteres* en el año 215 a. C., y la construcción de un monumento funerario común como otro acto de piedad dinástica dedicado a Alejandro y a los primeros Ptolomeos en el centro de la ciudad (Fraser, 220). Asimismo, dedica a todos los Ptolomeos en el templo de Hermoupolis Magna (Fraser, 234).

Años más tarde, aproximadamente en 211, el monarca añade el culto a su madre, Berenice II – a quien mató – que recibirá un culto propio como Berenice Evergetis con su propia sacerdotisa llamada Athlophoros. Fue situada delante del culto de Arsínoe, mostrando prioridad delante de todas las reinas subsiguientes (Fraser, 219).

Mediante estas acciones Filopátor finaliza las acciones iniciadas por su bisabuelo tras la fundación del culto a Alejandro, incluyendo a todos los miembros de la dinastía Ptolemaica en el ámbito de la tradición cultural egipcia (Moretti, 200).

Entre sus retratos destaca la realización de una moneda dedicada a su predecesor Ptolomeo III Evergetes (anexo fotográfico, imagen 8a), donde aparece divinizado y retratado según el estilo helenístico. Siguiendo este modelo de dedicar tributos a su predecesor, las representaciones del propio Filopátor nos vienen dadas por su sucesor, Ptolomeo V Epífanos (anexo fotográfico, imagen 8b) y la imagen tanto egipcia como híbrida de la estela de Raphia (Ma, 189).

## **5. Sucesores del culto al gobernador.**

La institución al culto dinástico de los Ptolomeos quedó consagrada tras las últimas inclusiones realizadas por Ptolomeo IV Filopátor. A partir de este momento, la familia Ptolomea será incluida automáticamente en el culto. Entre todos ellos destaca la figura de Cleopatra, la última faraona, quien será, como veremos a continuación, la encargada de transportar, bien directa o indirectamente, este culto a la Roma Imperial.

### **5.1. Cleopatra VII.**

La última monarca de la dinastía Ptolemaica, Cleopatra VII (anexo fotográfico, imagen 10a), juega un papel muy importante en la transmisión del culto al gobernador a Roma (Chaniotis, 443). Las relaciones con la que sería en un futuro muy cercano la principal potencia del Mediterráneo surgieron ya desde tiempo de Filadelfo, en 273 a. C.<sup>8</sup>. En un intento por asegurar el reino ante la inminente llegada del imperio romano y los continuos conflictos dentro de la familia real, Cleopatra inicia una relación con Julio César, el general romano. Tras el fallecimiento de éste, Marco Antonio, general y político romano, persiguió a los asesinos de su amigo César y pidió ayuda a Cleopatra. Tras el encuentro de ambos en Tarso, Turquía, en el año 41 a. C., iniciaron una relación que acabaría con la muerte de ambos. Octavio había acusado a Marco Antonio de delitos de diversa índole, que en su mayoría atentaban contra la res pública romana. Con estos argumentos, el general Octavio llevó a cabo la famosa batalla de Actio el 2 de septiembre de 31 a. C. Octavio entró en Alejandría el 30 de julio de 30 a. C., y sería a partir de este momento considerado el gobernador del territorio.

### **5.2. Augusto y la institución del culto imperial.**

Durante la época romana aconteció un nuevo tipo de culto con sus propias características pero que tomaba ejemplos así como ideas del culto al gobernador helenístico. Esta praxis iniciada con Alejandro Magno y desarrollada por los diferentes monarcas helenísticos unía política con religión para poder promocionar la figura del soberano en cuestión, conduciendo a un sentido más amplio de poder, pues ahora incluye fe y cultos, no sólo control territorial y social. En el caso romano este modo de veneración será conocido como culto imperial, y constituyó una praxis constante entre los distintos emperadores que gobernaron durante la Roma imperial, desde el primer ejemplo con Julio César en 44 a. C. por parte de su sucesor hasta la conversión de Constantino al Cristianismo en 312.

<sup>8</sup> Para más información respecto a estas relaciones, consultar Lampela, Anssi. *Rome and the Ptolemies of Egypt: the development of their political relations 273-80 a. C.*, Societas Scientiarum Fennica, Commentationes Humanarum Litterarum 111, 1998. VII.

El inicio de este modelo en concreto viene dado a partir de la veneración de diferentes virtudes, como son la Pietas, Victoria, Salus, etc. Estos conceptos divinizados eran adorados en el imperio e incluso tenían su propio templo. Los emperadores empezaron a adoptar estas virtudes como propias, pues ellos eran quienes habían traído Victoria y Pax al imperio, y actuaron con Pietas.

La divinización del general acontecía tras su conquista y victoria. Debido a su hazaña, el *victor* representaba la capacidad de proteger la ciudad, una de las principales plegarias que los habitantes realizaban a los dioses. Este proceso era similar al culto heroico acontecido en Grecia y que hemos comentado en el primer apartado (ver párrafo 2.1). Se trataba de una propaganda política, donde se cohesionaba la idea de emperador – política – y culto – religión– como punto de conexión entre todas las provincias romanas, propio del período del Imperio Romano.

Partiendo del modelo que se instauró con Alejandro Magno, así como su expansión y desarrollo con sus sucesores – especialmente en el caso que ha servido de estudio, el del Egipto Ptolemaico – los emperadores romanos introdujeron este modelo en la religión romana. A pesar de que el primer emperador divinizado fue Julio César, el protagonista indiscutible de la introducción de esta praxis es Augusto, un ferviente admirador de Alejandro Magno.

El primer ejemplo de Julio César se convertiría en un modelo parcial para divinizaciónes imperiales más tardías. La divinización de este general fue decisión de parte del senado, quien lo declaró dios en 42 a. C., tras realizar juegos en su honor, considerar – tras su muerte – que un cometa era su alma y añadir un día extra para rezar por César. Todo esto condujo a la construcción y la consagración por parte del senado de un templo dedicado a *Divus Julius* que reforzó este culto, especialmente en beneficio de Augusto, quien ahora sería considerado un *Divi Filius*, así como sucedió en su momento con Ptolomeo II tras divinizar a su padre.

Las divinizaciónes del culto imperial, durante los primeros casos acontecían tras la defunción, en el llamado episodio apoteósico, o transformación del emperador en dios y su viaje de la tierra al cielo. A partir de este momento se le venera junto al resto de los dioses. Dentro de este culto se incluían también los familiares que eran divinizados póstumamente, como evidencia el ejemplo de Livia Drusilla. El modelo para la divinización del resto de emperadores vendrá de la mano del propio Augusto, tras su funeral en el año 14<sup>º</sup>. A partir de

---

9 Para más información respecto a éste y otros aspectos del culto imperial, recomiendo la obra de Price, S.R.F., 'From Noble Funeral to Divine Cult: the consecration of Roman Emperors' pp56-105, en D. Cannadine &

este momento la divinización de los emperadores será muy común y el rechazo por parte del senado era prácticamente imposible, demostrándose el innegable aumento de poder de los emperadores.

La razón del desarrollo de este culto se explica como una necesidad de ganar poder. Declarándose a sí mismos dioses, o sucesores de las divinidades, los emperadores se aseguraban el apoyo de los ciudadanos romanos; se trata de un modo de propaganda imperial. Por este motivo diferentes monumentos, como el Ara Pacis de Augusto (anexo fotográfico, imagen 10b) o el Arco de Tito y la columna de Trajano, muestran al emperador como líder tanto en la tierra como en el cielo, enfatizando esta idea de dios humano y les asegura, a su vez, que serán recordados como tal en el futuro.

---

S.R.F Price eds. *Rituals of Royalty*, Cambridge: 1987.

## **6. Conclusión.**

El culto real del período helenístico se introdujo al inicio de esta etapa para dotar a los sucesores de Alejandro de la legitimación que no poseían. A pesar de que la institución del culto al gobernador no fue un hecho aislado en Egipto, el territorio en cuestión presenta un especial interés por el fuerte recibimiento y acogida de este modo de veneración, debido primordialmente a los rasgos característicos de esta práctica que la asemejaba a la de los antiguos faraones. Como hemos podido observar a lo largo del trabajo, considerar al soberano divino era común en países del área oriental. Sin embargo, no había habido ningún precedente como tal en Occidente, donde sólo se observan tributos a humanos considerados por la sociedad como ejemplares, como son los casos mencionados de los *thoroi* de la antigua Grecia. En el mundo helenístico el culto al gobernador presenta dos categorías diferentes: la adoración por parte de ciertas ciudades a gobernadores específicos, como sucede en el caso de Alejandría con el propio Alejandro Magno, y que será el ejemplo más común durante el gobierno de los diádocos antes de la fundación de las dinastías; y el culto dinástico, de creación más tardía, que constituía la veneración de todos los soberanos de una familia y se centraba en la capital del reino. El culto dinástico desarrollado por los Ptolomeos es una noción creada por y para los propios Ptolomeos que se centra alrededor de la familia real. En este se veneran tanto los Ptolomeos como Alejandro. Por este motivo el caso de Alejandro Magno será sin duda el punto de partida para todos estos futuros dirigentes, quienes explotarán sin descanso la figura del joven general antes de poder recurrir a su propia persona como protagonista de esta veneración.

La elección por parte de Ptolomeo de asentarse en territorio egipcio y gobernar, en principio, como sátrapa se relaciona perfectamente con esta idea. Durante su gobierno, se dedicó exclusivamente a promocionar la figura de su antecesor, quien, además, había sido proclamado como faraón durante su visita al oráculo de Siwah, poco después de conseguir la liberación de Egipto de dominio persa. Estas acciones de lo que podría denominarse propaganda política pues, a pesar de ensalzar la figura de Alejandro, Ptolomeo estaba a su vez potenciando su propia persona y autorizando su presencia en el país, se evidencian en el conjunto de monedas que el entonces sátrapa acuñó. Ya en 305 a. C., sin embargo, Ptolomeo se denominará rey, siguiendo el ejemplo de Antíoco y los demás diádocos, un título que, en Egipto, será el de faraón, y que tendrá a su vez connotaciones religiosas. Pero el hecho más característico de su reinado será, junto a la construcción de la biblioteca de Alejandría y el Museo de la misma ciudad, edificios que serán acabados por su sucesor, el establecimiento de

un culto dedicado exclusivamente a Alejandro, totalmente independiente del culto al fundador que la ciudad de Alejandría ya le profesaba. De esta manera, Ptolomeo sienta, consciente o inconscientemente, las bases para el que será el culto dinástico de los Ptolomeos, y que tendrá al propio Alejandro como punto de referencia entre todos sus sucesores (Fraser, 226).

Tras el fallecimiento de Ptolomeo y la ascensión de su hijo Ptolomeo II al trono se observa un cambio de dirección en el modo de honrar las figuras de los antecesores. Siguiendo el modelo establecido por su predecesor, Ptolomeo II diviniza a su padre, situándolo entre las diferentes divinidades y, más concretamente, a la par del propio Alejandro. Mediante la institucionalización de la Ptolemaeia y la introducción del término *Theoi Soter*, Ptolomeo II origina oficialmente el culto dinástico. Más adelante realizará la misma acción con su hermana y esposa, Arsínoe, a quien, además, identificará con la misma diosa Afrodita. Este matrimonio incestuoso sería el primero en acontecer en la dinastía, convirtiéndose a partir de este momento en el modo de actuar de los soberanos, práctica que les garantizaba mantener el poder entre miembros de la propia dinastía. La divinización de Arsínoe acontecerá, además, en vida, siendo la primera muestra de esta práctica dentro de la dinastía Ptolemaica. Todo ello conllevará que, a partir de ese momento, Ptolomeo II sea considerado tanto “hijo de una divinidad” como el esposo de una divinizada.

Los sucesores más inmediatos, Ptolomeo III Evergetes y Ptolomeo IV Filopátor, serán los encargados de ultimar los detalles de este culto dinástico mediante la inclusión, prácticamente directa, de su propio culto y el de su esposa. Tras añadir estos nuevos cultos, el modelo para sus sucesores estaba ya afianzado, pues éstos ya serían a partir de entonces considerados automáticamente miembros reales del culto.

Este desarrollo del culto al gobernador no finaliza con la última de la dinastía Ptolemaica, Cleopatra VII, sino que se expande hasta territorio romano de mano del general Octavio, tras su llegada a Alejandría en verano de 30 a. C. Fiel seguidor de Alejandro Magno y del esplendor del Egipto faraónico, llevó estas prácticas a su ciudad y, mediante la divinización de su padre Julio César, Octavio, más tarde conocido por Augusto, iniciará de nuevo este proceso, ahora en territorio romano bajo el nombre de culto imperial.

El hecho de que se lleve a cabo en Egipto es significativo, pues representa una continuación del modelo establecido por los faraones. Los Ptolomeos supieron como asegurarse la continuidad de su divinidad mediante la institucionalización del culto dinástico. Estos soberanos, al ser investidos como faraones, ingresan en el culto nativo tradicional

figurando como dinastía, ocasionando que sus nombres se convirtieran en signo de adoración continua, “tanto a nivel local como nacional” (Moretti, 260).

El conocimiento de este culto nos viene dado por los títulos de los sacerdotes que están grabados en documentos legales, donde, al lado de los sacerdotes centrales, es decir, los de Alejandro, se unían otros dedicados a cada culto en particular, con sus respectivos nombres (Fraser, 225). Este culto colectivo fue la preservación particular de la familia real, quien añadía – y sustraía – los cultos individuales que lo componían, nombraban sacerdotes y sacerdotisas. Además, el ritual probablemente se llevaba a cabo en el complejo donde yacía la tumba de Alejandro y de los Ptolomeos (Fraser, 226). Las monedas y relieves también evidencian estos aspectos, pues los retratos utilizados muestran rasgos definitorios y concretos que ensalzan la figura del monarca en cuestión.

En definitiva, el proceso de divinización de los monarcas helenísticos y, en concreto, el establecimiento de un culto dirigido especialmente a éstos presenta un desarrollo lento que data de 331 a. C. tras la visita de Alejandro Magno al oráculo de Siwah hasta aproximadamente 215 a. C., tras la inclusión por parte del último Ptolomeo, Ptolomeo IV Filopátor, de los *Theoi Soteres* al culto dinástico. Este camino presenta diferentes etapas en las que diferentes rasgos se perfilan para poder asegurar la autoridad de toda la dinastía y, por lo tanto, la divinización de todos sus miembros. Este modelo, iniciado de modo propagandístico, repercutirá en el futuro en los diferentes emperadores, e incluso monarcas, debido al aspecto más esencial que presenta una divinización: la legitimación del poder del gobernador. Mediante el culto de estos soberanos, los propios individuos se aseguran el respeto de sus subyugados así como el hecho de entrar en la historia y ser recordados permanentemente. La particularidad de Egipto radica precisamente en la concepción del faraón, quien era considerado un ser entre humano y divino, por lo que debía dotar de protección a sus súbditos. Los Ptolomeos aprovecharon esta idea para adoptarla como propia y llevarla al terreno más occidental.

## 7. Bibliografía.

### Bibliografía general.

Ashton, S., *Ptolemaic Royal Sculpture from Egypt. The interaction between Greek and Egyptian traditions*, BAR International Series 923, Oxford: Archaeopress, 2001.

Bell, H. I., *Egipto. Desde Alejandro Magno hasta la época bizantina*, Barcelona: Ediciones Garriga, 1965.

Bevan, E. R., *The House of Ptolemy: A History of Hellenistic Egypt under the Ptolemaic*, [http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Gazetteer/Places/Africa/Egypt/\\_Texts/BEVHOP/home.html](http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Gazetteer/Places/Africa/Egypt/_Texts/BEVHOP/home.html) [último acceso: 19/06/2013].

Bingen, J., *Hellenistic Egypt: monarchy, society, economy, culture*, Edimburgo: Edinburgh University Press, 2007,

Bowman, A. K., *Egypt after the Pharaohs 332BC-AD642*, British Museum Press: London, 1996.

Bulloch, A. W.; Erich S. Gruen, E. S.; Long, A. A.; Stewart, A., *Images and Ideologies: Self-definition in the Hellenistic World*, Berkeley: University of California Press, 1993. <http://publishing.cdlib.org/ucpressebooks/view?docId=ft4r29p0kg&brand=ucpress> [último acceso: 19/06/2013].

- Koenen, L., “The Ptolemaic King as a Religious Figure”, pp.26-115.

Cannadine, D.; S. R. F. Price, S. R. F., *Rituals of Royalty*, Cambridge: 1987.

- Price, S. R. F., ‘From Noble Funeral to Divine Cult: the consecration of Roman Emperors’ pp.56-105.

Erskine, A., *A Companion to the Hellenistic World*, Oxford: Blackwell, 2005.

- Chaniotis, A., “The Divinity of Hellenistic Rulers”, pp. 431-445 .

- Potter, D., “Hellenistic Religion”, pp. 407-430.

- Thompson, D. J. ‘The Ptolemies and Egypt’pp. 105-120.

Fraser, P. M. *Ptolemaic Alexandria*. Oxford: Claredon Press, 1972.

Gómez Espelosín, F. J., *La leyenda de Alejandro. Mito, historiografía y propaganda*, Alcalá de Henares (Madrid): UAH (servicio de publicaciones Universidad de Alcalá), 2007.



Guzmán Guerra, A. y Gómez Espelosín, F. J., *Alejandro Magno de la historia al mito*, Madrid: Alianza Editorial, 1997.

Hazard, R. A., *Imagination of a monarchy: studies in Ptolemaic propaganda*, Canada: University of Toronto Press, 2000.

Lampela, A., *Rome and the Ptolemies of Egypt: the development of their political relations 273-80 a. C.*, Societas Scientiarum Fennica, Commentationes Humanarum Litterarum 111, 1998. VII.

Macurdy, G. H., *Hellenistic queens: a study of woman-power in Macedonia, Seleucid Syria, and Ptolemaic Egypt*; Chicago: Ares, 1932.

Manning, J. G., *The Last Pharaohs: Egypt Under the Ptolemies, 305-30 BC.*, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2009.

Moretti, L.; Bogaert, R.; Parise, N. F.; Bianchini, M.; Stewart, Z., *Historia y civilización de los griegos. La sociedad helenística: economía, derecho y religión*, volumen 7, Barcelona: Icaria, 1981.

Schultz; von den Hoff., *Early Hellenistic Portraiture: Image, Style, Context*, Cambridge: Cambridge University Press, 2007.

- Kroll, J. H., "The emergence of ruler portraiture on early hellenistic coins. The importance of being divine", pp. 116-117.

Shiple, G., *El mundo griego después de Alejandro 323-30 a.C.*, Barcelona: Crítica, 2001.

Small, A., *Subject and ruler: the cult of the ruling power in classical antiquity*, Journal of Roman Archaeology, v. 17, 1996.

- Badian, E., "Alexander the Great between two thrones and Heaven: variations on an old theme", pp.11-26.

Stewart, A., *Faces of power: Alexander's image and Hellenistic politics*, Oxford: University of California Press, 1993.

Walbank, F. W.; Astin, A. E., "The Hellenistic World", *The Cambridge Ancient History*, volumen VII parte 1.

- Turner, E., "Ptolemaic Egypt" pp. 118-174.

- Walbank, F. W., "Monarchies and monarchic ideas" pp. 62-99.

Vanoyeke, V., *Los Ptolomeos, últimos faraones de Egipto. Desde Alejandro Magno a Cleopatra*, Madrid: Alderabán, 2000.

### **Fuentes literarias.**

Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno*, Libros I, III, IV y V.

Plutarco:

- *Moralia (Obras morales y de costumbres)*, Libro V “Sobre la fortuna o virtud de Alejandro”.

- *Vidas paralelas*, “Vida de Lisandro”.

- *Vida de Alejandro*.

### **Fuentes documentales.**

Archivo de datos papirológicos POPYRI.INFO y TRISMEGISTOS.ORG.

## 8. Anexo fotográfico.

1. Tetracmas de plata con la imagen de Alejandro acuñadas por el propio general.



a) Imagen de Alejandro a la izquierda, Atenea Nike a la derecha junto a la leyenda ALEXANDROU. 330 a. C. (imagen de Stewart).



b) Imagen de Alejandro vistiendo la cabeza de león a la izquierda, con Zeus a la derecha (reverso de la moneda) junto a la leyenda ALEXANDROU. 330 a. C. (imagen de Stewart).



c) Imagen de Alejandro a la derecha emulando a Heracles al vestir la piel de león, y en el anverso (izquierda) de nuevo se presenta la inscripción ALEXANDROU. 330 a. C. (imagen de Stewart).

## 2. Representaciones de Alejandro en el templo de Luxor (Egipto).



a) Capilla de la barca. Alejandro representado a la izquierda ante Amón-Ra y Khonsu-Tot. 330-325 a. C. (imagen de Stewart).

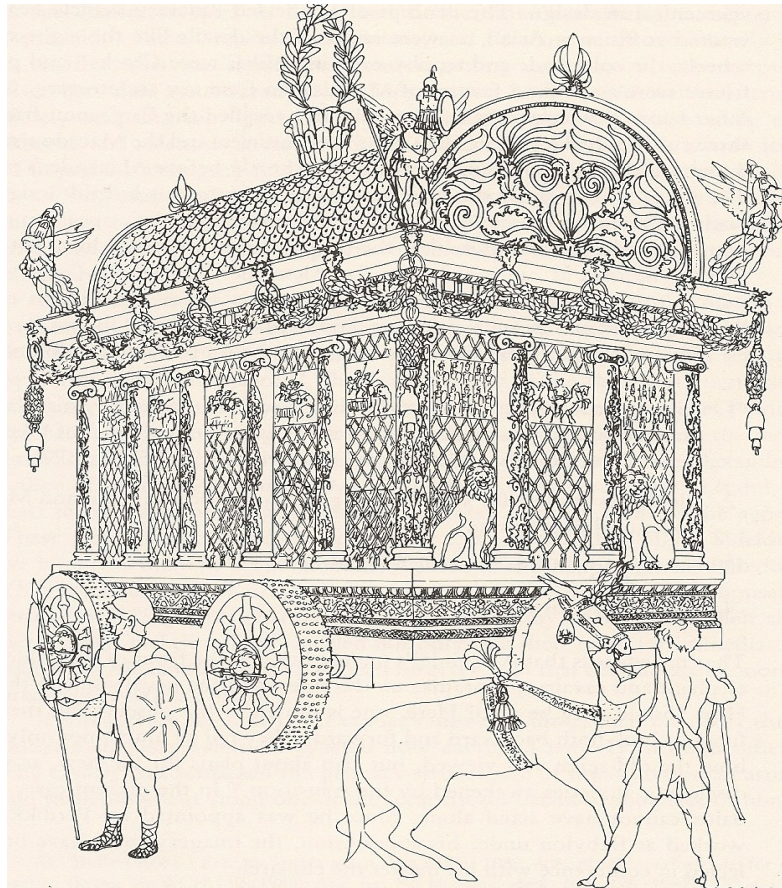


b) Otra imagen de la capilla de la barca. En la izquierda: Alejandro ante Amón Khamutef. En la derecha: Monthu introduce Alejandro a Amón. 330-325 a. C. (imagen de Stewart).

3. Recreaciones del carro que transportaba el cuerpo de Alejandro a su entrada en Menfis (Egipto).



a) Recreación obra de Stella Millet-Colett (imagen de Stewart).



b) Recreación realizada por Candance Smith (imagen de Stewart).

4. Presunto sarcófago de Alejandro en la necrópolis real de Sidón. 320-310 a.C. (imagen de Stewart).



5. Tetradracmas de plata con la imagen de Alejandro Magno acuñadas por Ptolomeo I.



a) Imagen de Alejandro en el anverso, Zeus en el reverso. 321-315 a. C. (imagen de Ashton).



b) Imagen de Alejandro en el anverso retratado con diferentes atributos que defienden su divinidad (la piel de elefante, la mitra de Dionisio, los cuernos de Amón y la aegis de Zeus), Atenea en el reverso. 315-305 a. C. (imagen de Ashton).

6. Moneda representando a Ptolomeo I como soberano. Retrato de Ptolomeo I siguiendo el modelo helenístico. Leyenda BASILEWS y águila situada sobre un rayo representada en la derecha (o reverso). Circa 295 a. C. (Imagen de Sovornos 197).



7. Monedas acuñadas por Ptolomeo II.



a) Tetradracma de oro con al imagen de Ptolomeo II y Arsínoe II. En el reverso (derecha), imagen de sus antecesores, Ptolomeo I y Berenice I. Circa 270 a. C. (imagen del Art Institute de Chicago).





b) Moneda de plata con la imagen de Ptolomeo I a la izquierda, dedicada por su sucesor. 283-247 a. C. (Svoronos 368).



c) Retrato de Arsínoe II en un octodracma de oro tras ser divinizada. En la derecha (reverso) se lee la leyenda “ARSINOES PHILADELPHOU”. 253-246 a. C. (Svoronos 475).

#### 8. Otras monedas de la dinastía.



a) Octodracma de oro acuñado por Ptolomeo IV Filopátor donde retrata la imagen divinizada de su predecesor, Ptolomeo III Evergetes, a la izquierda con la aegis y un tridente. 221-205 a. C. (imagen de Svoronos 1117).

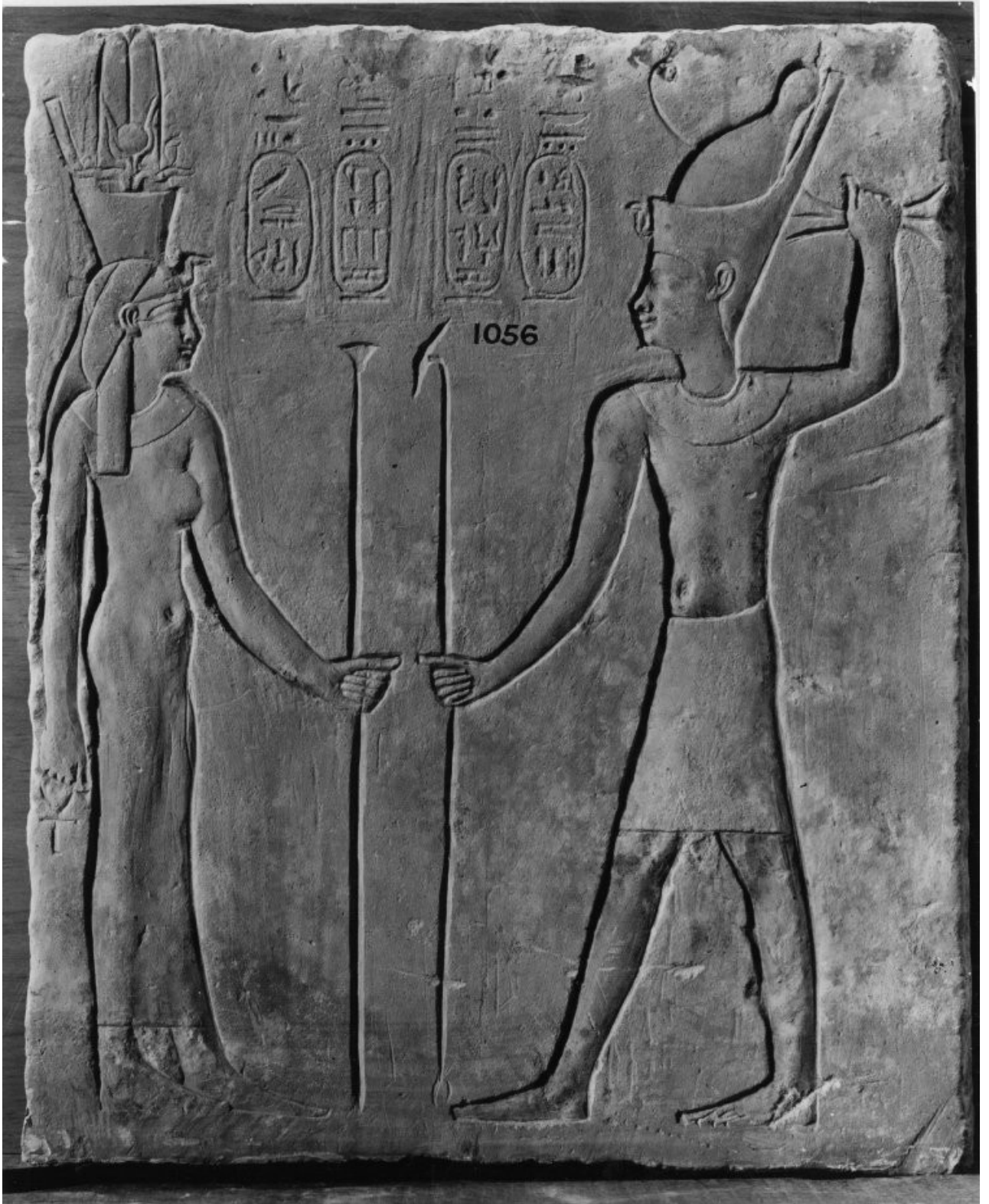


b) Octodracma de oro acuñado por Ptolomeo V Epifanes donde se representa a la izquierda la imagen de Ptolomeo IV Filopátor. A la derecha, la recurrida representación del águila sobre un rayo, junto a las leyendas “PTOLEMAIOU FILOPATOROS”. 204-203 a. C. (Svoronos 1139).

#### 9. Representaciones escultóricas.

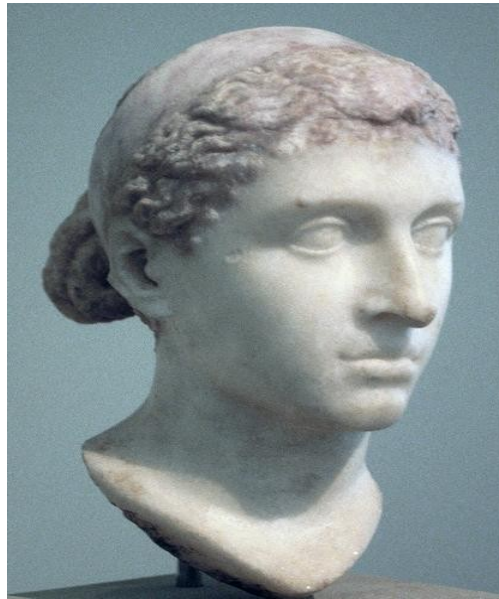


a) Busto de Ptolomeo I representado como faraón. 305-283 a. C. (imagen por cortesía del Museo Británico de Londres).



b) Representación en relieve de Arsínoe II (izquierda) y Ptolomeo II Filadelfo (derecha) al estilo egipcio en la capilla de Tanis (Qasr el-Aguz), Egipto. 260 a. C. (imagen por cortesía del Museu Británico de Londres).

10. Representaciones escultóricas de los sucesores.



a) Busto de Cleopatra VII. 50-30. C. (imagen de Altes Museum, Berlín).



b) Imagen del Ara Pacis, realizada por Augusto. Representación en relieve de la procesión imperial, con la figura de Augusto como pontífice máximo – sacerdote del imperio – a la izquierda, situado en el lado sur del monumento. 9 a. C. (imagen de dominio público).